11676

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

UN VERSO DE VIRGILIO.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 9.
1860.

16

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Liricas de la Galeria

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Ahogarse á la orilla.
Alarcon.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
Al pié de la letra.
Antiguos y modernos.
Aquí está un moso é verdá.
Abnegacion y nobelza.
Amores perdidos.

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Bienes mal adquiridos
Baltasar.
Barómetro conyugal.

Canizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres politicas.
Contrastes.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.
Culpa y castigo.
Córte y cortijo.
Caza mayor.
Carnioli.
Cuatro agravios y ninguno.
Camino del matrimonio.
Duque de Viseo,

Dos sobrinos contra un tio.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
D. Primo Segundo y Quinto.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diego Corrientes, segunda parte
Diana de San Roman.
D. Tomás.
D. Pedro I de Castilla.
Dos mirlos blancos.

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El Niño perdido.
El Hipócrita.
El Cura de aldea.
El querer y el rascar....
El hombre negro.
Entre dos amigos...
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
Esperanza.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
Espinas de una flor.
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El Licenciado Vidriera.
¡En crisis!!!
El Justicia de Aragon.
El Caballero del milagro.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
Echarse en brazos de Dios.
El alma del Rey García
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El hijo pródigo.
El payaso.
El amor y el interés.
Este cuarto se alquila.
El Patriarca del Turia.
El rey del mundo.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo de Amberes
El ciego.
El último vals de Weber.
El traspaso.
Escenas nocturnas.
El laberinto.
El gitano aventurero.
El solteron.
El vértigo de Rosa.
Echar por el atajo.
El reló de San Plácido.
El clavo de los maridos.
El bello ideal.
El hongo y el miriñaque
El rey de bastos.
El protegido de las nubes.
¡Es una malva!
En Ceuta y en Marruecos.
El movimiento continuo.
El marqués y el marquesito.
El portero es el culpable.
Flores y Perlas.
Furor parlamentario.
Faltas juveniles.
¡Flor de un dia!!
Flor marchita.
Funesta casualidad.
Grazalema.
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Glorias de España, ó conquista de Lorca.
Glorias mundanas.

Historia china.
Hacer cuenta sin la l
Herencia de lagrimas
Honrado y criminal á

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
José Maria.

La Luna de Hiel.
La union en Africa.
Los Amantes de Chin
Lo mejor de los dados
Los dos sargentos es
la linda vivandera.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un ca
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una car
Llueven hijos.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La choza del almadreñ
Los patriotas.
Los Amantes de Teruel
La verdad en el Espejo
La Banda de la Condes
La Esposa de Sancho el
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvi
La Gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid
La Madre de San Fernai
Las Flores de Don Juan
Las Apariencias.
Las Guerras civiles.
Lecciones de Amor.
Las dos Reinas.
La libertad de Florenci
La Archiduquesita.
Las Prohibiciones.
La escuela de los amigos
La escuela de los perdid
La bondad sin la experi
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La vida de Juan Soldad
Las querellas del Rey Sa
La oracion de la tarde.
La llave de oro
La Providencia.
Los tres Banqueros.
Las huérfanas de la Carid
La cruz en la sepultura.
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajen
Los tres amores.
La mujer del pueblo.
Las carcajadas.
Las bodas de Camacho.
La Cruz del misterio.
La pluma y la espada.

UN VERSO DE VIRGILIO.

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/unversodevirgili25518guti

UN VERSO DE VIRGILIO.

COMEDIA

EN TRES ACTÓS Y EN PROSA,

ARREGLADA AL TEATRO ESPAÑOL

POR

DON JOSÉ MARIA GUTIERREZ DE ALBA.

Representada por primera vez en el teatro del Príncipe, á beneficio del primer actor D. José Calvo, en 17 de marzo de 1860.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1860.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARÍA, pupila de D. Claudio, 16 años.....	Doña Josefa Hijosa.
DON CLAUDIO, profesor de latin, 80 años.....	Don José Calvo.
DON LUIS, hijo de un rico propietario y comerciante, 25 años.....	Manuel Catalina.
TOMÁS, de 14 á 16 años.....	Ricardo Calvo.
UN CRIADO de D. Luis.....	

La escena pasa en 1828, los dos primeros actos en Sevilla; el tercero en una casa de campo cerca de Córdoba.

Advertencia á los directores de escena. El papel de Tomás, será conveniente confiarlo á una mujer, siempre que no haya en la compañía un actor que pueda acomodarse fácilmente á la edad del personaje.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones, ni en los de Francia y las suyas.

Los corresponsales de la galería dramática y lírica titulada El Teatro, *son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.*

Queda hecho el depósito que exige la ley.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una habitacion de aspecto pobre: puertas laterales; otra al foro, por donde se vé el patio, adornado con algunas macetas de flores alrededor de una fuente: en el fondo una calle estrecha; y en último término, despues de la calle, la fachada de otra casa, pobre tambien, sobre cuya puerta se lee esta inscripcion: CARPINTERO. Los muebles de la escena serán un viejo pupitre sobre una mesa de pino cubierta de un tapete de bayeta verde muy usado, y un sillon forrado de cuero junto á ella; dos ó tres libros sobre el pupitre; un banco tosco á la izquierda; al frente un viejo armario; varias sillas toscas desvencijadas; cerca del banco otro mas alto, que sirve de mesa, sobre el cual hay una naranja, un pedazo de pan y una alcarraza.

ESCENA PRIMERA.

TOMÁS.

(Este aparece en la escena con un cepillo en una mano y un leviton en la otra.) Pues, señor, gracias á Dios que hoy es domingo, y mi padrino no me hará estar todo el dia sacando virutas. ¡Qué malo es el oficio de carpintero! Yo no sé por dónde le entró al bendito patriarca. Pero ya tengo mas de catorce años, y algun dia, gracias al bueno de don Claudio, que me enseña latin por el trabajo de hacerle algun mandadillo y limpiarle de cuando en cuando su leviton, podré entrar de corista en algun convento. ¡Los frailes!... ¡Esa sí que es gran vida! ¡Asi estan ellos, tan gordos, tan colorados... y con

669073

un morrillo que dá gloria! Entre tanto, vamos limpiando la gala de mi maestro... ¡Bueno está el leviton! De puro viejo está ya tan maduro, que temo que se me deshaga entre las manos. Tratémoslo con cariño. (Vuelve á cepillar.) Esta es la gala del dia de fiesta de un sábio de ochenta años. Si no dá mas que esto la sabiduria... Por las mangas se puede uno mirar la cara en él como en un espejo; tal es el lustre que ha adquirido con el roce... de los buenos libros. El paño era sin duda de *Grasalema*, y con el tiempo se le ha caido el *lema* y le ha quedado la *grasa* [1].

ESCENA II.

TOMAS, CLAUDIO.

CLAUD. (Entrando por la puerta derecha con un libro en la mano, y absorto en su lectura.) *Silvestrem tenui musam meditaris avena.*

TOM. Señor maestro, ya tiene usted preparado su desayuno.

CLAUD. ¡Qué armoniosa es la cadencia latina!

TOM. Que se le van á enfriar á usted las naranjas. Nada, ni aun por esas. Cuando se enreda con sus libracos, ni oye, ni vé, ni entiende.

CLAUD. ¡Qué suavidad, qué dulzura de lengua!

TOM. ¿Pero no almuerza usted hoy, señor don Claudio?

CLAUD. ¿Eh?

TOM. En toda la ciudad de Sevilla no habrá un maestro de latin mas sábio que usted; pero tampoco peor mantenido... ¡Vea usted qué almuerzo, pan y naranjas!

CLAUD. Y agua tambien.

TOM. Como quien dice... una botella de manzanilla.

CLAUD. ¡Gloton!

TOM. De usted no lo dirán por cierto. Anoche hasta se olvidó usted de la cena.

CLAUD. ¡Calla! Pues es verdad.

TOM. (Ap.) La cual, por otra parte, no tenia nada de apetitosa... un pedazo de pan duro y otro de queso tan anti-

---

1 Para hacer este juego de palabras es indispensable usar de la pronunciacion peculiar de Andalucia, convirtiendo la z en s.

guo como el leviton... ¡Pobre viejo! Y yo, un triste aprendiz de carpintero, que en nada puedo ayudarle... Ya se vé, mantenido casi de limosna por mi padrino e carpintero de enfrente, que me enseña el oficio...

CLAUD. (Que ha vuelto á su lectura.) ¡Oh, Virgilio, Virgilio! ¡Hé aquí mis delicias: este tomo del gran cisne de Mántua! ¡Magnífica edicion! De esta hay ya poquísimos ejemplares en el mundo.

TOM. Ya está limpio el leviton.

CLAUD. Bueno.

TOM. Pero usted, entre tanto, parece que se entusiasma con el libro y se olvida...

CLAUD. ¿De qué, de tu leccion? Es verdad, hombre, es verdad; ya que con las lecciones te pago...

TOM. Una leccion de latin por dia.

CLAUD. ¿Te parece poco? Daremos dos.

TOM. Muchas gracias; bastante hay con una. (Ap.) Para lo que yo aprendo...

CLAUD. Yo bien veo que una sola no es bastante.

TOM. Si le parece á usted que es divertido tanto declinar... tanto conjugar... y luego... las oraciones que usted me echa...

CLAUD. Sin eso es imposible aprender.

TOM. ¿Ha visto usted mi traduccion de anoche?

CLAUD. Si.

TOM. Y está bien, ¿eh?

CLAUD. No; has cometido dos solecismos y un barbarismo; pero está menos mala que las otras. Para animarte, te señalaré para mañana dos buenos puntos... y ademas lo que tú quieras.

TOM. ¿Me concederá usted lo que yo quiera?

CLAUD. Sin duda. Yo quiero mucho á mis discípulos, cuando veo que son aplicados y que no pierden el tiempo.

TOM. Pues si usted me concede lo que le pida, ya puede irse sentando.

CLAUD. ¿Irme sentando?

TOM. Si, señor, á la mesa, para almorzar, antes que se enfrie: eso es lo que yo le pido ahora.

CLAUD. No tengo tiempo; ya son las ocho, y vá á empezar la clase.

TOM. ¿Qué clase, si hoy es domingo?

CLAUD. ¿Domingo?

TOM. ¡Toma!... Pues qué, ¿no me vé usted con mi vestido nuevo?

CLAUD. (Dirigiéndose á la mesa donde está el pupitre.) ¡Qué alegria! Asi podré trabajar hoy en mis Comentarios, que ya los tengo casi acabados.

TOM. Pero... ¿y el almuerzo?

CLAUD. Despues, despues.

TOM. No, señor, ahora. Lo prometido es deuda.

CLAUD. Cuando no se sorprende la buena fé, como tú lo has hecho. *¡Fides punica!...* Ese es un desayuno forzoso.

TOM. Bueno, que no sea el desayuno; pero cuéntelo usted por la cena de anoche olvidada. Asi nunca estará usted en paz con las comidas. (Ap.) Yo no sé de qué se mantiene.

CLAUD. (Levantándose.) Ea, déjame en paz, ó te impongo de castigo una traduccion de cincuenta versos de la Eneida.

TOM. ¡Pues me gusta!

CLAUD. Es verdad: eso, en vez de castigo, seria una recompensa; á pesar de que no se ha hecho la miel...

TOM. Con que ¿almuerza usted ó no almuerza?

CLAUD. (Gritando) Ya te he dicho que me dejes en paz, y que no acabes de impacientarme.

ESCENA III.

DICHOS, MARIA, por la puerta izquierda.

MAR. ¿Qué voces son esas, mi querido tutor, mi buen amigo, que por primera vez lo veo tan enfadado?

CLAUD. ¿Qué ha de ser, hija mia? Qué ese estúpido de Tomás, que no piensa mas que en comer, se ha empeñado en que yo he de imitarle.

TOM. Me alegro de que llegue usted tan á punto, señorita Maria.

MAR. Vamos á ver, ¿qué es lo que pasa?

TOM. Que no hay modo de vivir en paz con este buen señor, empeñado en suprimir sus comidas y alimentarse del viento como los camaleones, por entregarse del todo á su maldito trabajo.

MAR. (Á Claudio, con dulzura.) Ahora tiene razon Tomás. Á la edad de usted, es una imprudencia atarearse de ese modo, sin considerar los males que puede acarrearle.

CLAUD. ¿Y por quién lo hago yo, hija mia?

MAR. Ya lo sé, que es por mí; y esa precisamente es la razon de que yo le riña. Á nadie tengo en el mundo mas que á usted; usted, que es mi único apoyo, mi único amigo, y se empeña en abandonarme.

CLAUD. ¡Yo!...

MAR. Si, porque si usted muriera...

TOM. (Con aire de triunfo.) ¿Eh, tenia yo razon? Veamos ahora qué es lo que usted contesta.

CLAUD. Es verdad; pero... es imposible que yo muera todavia, teniendo que hacer tantas cosas en el mundo.

MAR. ¡Ingrato! Y yo que esperaba que almorzásemos juntos y que despues me llevara á misa.

CLAUD. Pues qué, ¿todavia no has almorzado?

MAR. Todavia no; sola, no tengo apetito. En adelante, quiero que almorcemos juntos todos los dias. Con que vamos, que es tarde ya y tengo un hambre que devoro.

CLAUD. ¿Pero es posible? ¡Pobre niña! (Llamando.) ¡Tomás!

TOM. Aqui estoy.

MAR. Ya me duele el estómago.

CLAUD. (Á Tomás, con cólera.) ¡Ya lo ves, vá á caer mala, y tú tendrás la culpa!

TOM. ¡Yo!...

CLAUD. Si. Yo te castigaré con traducciones. (Á María, conduciéndola junto á la mesa.) Ven acá, hija mia, siéntate ahí. (María se sienta.) ¡Ajá! Ahora, habla. ¿Qué es lo que quieres?

MAR. (Haciendo sentar á Claudio.) En primer lugar... quiero que usted se siente á mi lado.

CLAUD. (Sentándose.) Bueno, ya estoy.

MAR. Así me gusta. (Á Tomás, por lo bajo.) Anda tú á lo que tengas que hacer, y déjalo de mi cuenta. (Ap.) Á ver si de este modo consigo... (Váse Tomás por la puerta derecha, llevando el leviton de Claudio.)

ESCENA IV.

CLAUDIO, MARIA.

CLAUD. (Levantándose.) Pero se ha marchado, y no hay quien nos sirva. (Llamando.) ¡Tomás!

MAR. (Haciéndole sertarse de nuevo.) Déjelo usted; para nada nos

hace falta: mejor estamos los dos solos, para hablar sin que nadie nos incomode. Los criados siempre son un obstáculo... (Partiendo un pedazo de pan y dándoselo.) Vaya, tome usted.

CLAUD. (Con tristeza.) ¡Pan!... Para mí cualquier cosa es buena; pero para tí...

MAR. ¡Oh, tenemos tambien una naranja! Voy á mondarla. (Lo hace.)

CLAUD. ¡Excelente desayuno!

MAR. (Mientras acaba de mondar la naranja.) Esto es muy bueno para matar la bilis, y dicen que purifica la sangre.

CLAUD. Puede ser.

MAR. (Partiendo la naranja y poniéndola al lado de Claudio.) Ea, buen ánimo y á empezar en el nombre de Dios.

CLAUD. ¡Pobre criatura!

MAR. ¿Pero no come usted?

CLAUD. (Sollozando.) ¡Comer!... ¿Cómo he de comer, si el dolor me ahoga?

MAR. Vamos, amigo mio.

CLAUD. ¡Ver en esta habitacion pobre y miserable á la hija de mi noble señor... contentarse con un almuerzo de este género!...

MAR. Otros infelices lo quisieran. Y ademas, al cabo de tanto tiempo, ya nos hemos acostumbrado...

CLAUD. (Enjugando sus lágrimas.) ¡Ah! Cuando solo tenias de diez á once años, cuando cubierta con mi capa te salvé de los asesinos que perseguian á tu familia, me parecia muy natural que participaras de mi suerte, buena ó mala; pero hoy, que ya eres una mujer, y tan bella, verte encerrada aqui, y no poder ofrecerte otra cosa que la habitacion mezquina del viejo preceptor... ¡Ah! Cada dia que pasa, siento aumentar mi tristeza; y á veces, al hablarle á usted de tú... me parece que blasfemo y que...

MAR. Vamos, ¿quién piensa ahora?...

CLAUD (Levantándose con respeto.) ¡Si, señora condesa!

MAR. (Sonriendo y obligándole á sentarse.) Aqui no hay ya condesa, amigo mio. Yo no soy para usted mas que su querida discípula, ó por mejor decir su hija, que se lo debe todo.

CLAUD. Aunque yo le consagrara á usted mi vida entera...

MAR. Te consagrara, querrá usted decir.

CLAUD. Pues bien, aunque te consagrara mi vida entera, no pagaria jamás lo mucho que he debido á tu generoso padre. Siendo yo un pobre aldeano, me llevó á su casa, y me dió... mas que la existencia, pues me dió la instruccion y la luz, de que sin él hubiera estado privada para siempre mi alma. Despues de haberme hecho educar, ayudándome él mismo con su sabiduria y su talento, me encargó en su biblioteca, una de las mas ricas de España; porque su gusto, cosa poco comun en los de su clase, consistia en tener muchos y muy buenos libros, sobre todo latinos y griegos. Aquella biblioteca era mi delicia; situada en una casa de campo cerca de Córdoba; rodeada por todas partes de las bellezas de la naturaleza y de la ciencia, pasé allí cerca de treinta años, envejeciendo en medio de los libros, mis buenos amigos... y allí hubiera continuado, si tu padre, siguiendo mis consejos, no hubiera tomado una parte activa en la política, desde el año veinte al veintitres, lo cual hizo que, al penetrar en España los cien mil nietos de San Luis, las amotinadas turbas le persiguiesen hasta en su retiro, del cual se salvó milagrosamente; pero no asi los libros, que, á pesar de mi resistencia, fueron casi todos pasto de las llamas... *¡Et campos ubi troja fuit!*

MAR. (Levantándose.) Pero en medio del incendio, no se olvidó usted de ampararme, y desde entonces...

CLAUD. (Levantándose tambien.) Desde entonces... ¿qué habia de hacer? Tu padre, perseguido con tenacidad por aquellos mismos en cuyo favor se habia sacrificado, tuvo que emigrar á pais extranjero, sin poder llevarte á su lado. Yo tenia el sagrado deber de hacer contigo las veces de padre, y educarte lo mejor posible. Mi única riqueza consistia en lo que tu mismo padre me habia enseñado, que es el latin y el griego...

MAR. Lo cual me ha enseñado usted á su vez.

CLAUD. Es lo único que podia darte, fuera de mi paternal cariño. ¡Oh! y de ello estoy orgulloso. Especialmente el latin lo posees como el castellano; pero, cuando pienso que tu educacion ha tenido que limitarse á mis pobres conocimientos y escasos recursos...

MAR. (Dirigiéndose á la mesa y tomando un pedazo de pan que entrega á Claudio, el cual lo come maquinalmente.) ¿Y eso es tan

poco? Al paso he tomado algunos conocimientos de historia y de geografía, mientras que esa jóven costurera, que vive enfrente, me ha dado tambien algunas lecciones...

CLAUD. ¡Ah, con que tambien sabes coser!

MAR. Como Penelope en la Odisea.

CLAUD. ¡Estoy asombrado!

MAR. Si, amigo mio, y soy ya capaz de ganar mi jornal con la aguja, como usted lo gana con su ciencia.

CLAUD. ¡Ah, eso no lo consentiré nunca!

MAR. (Con alegria.) Y sin embargo, es preciso, porque yo lo quiero.

CLAUD. ¡Maria!

MAR. Si, yo lo quiero, porque de ese modo le seré menos gravosa, y aprenderé á ganarlo, para el dia en que... sola ya en el mundo...

CLAUD. ¡Oh, calla, calla!

MAR. Pues bien, hablemos de otra cosa. (Haciéndole sentarse de nuevo á la mesa.) Vamos á acabar el almuerzo, y dejemos á un lado los pesares.

CLAUD. (Comiendo maquinalmente.) ¡Á un lado!... Si eso fuera posible...

MAR. Y despues, por via de postres, saldrá usted un rato conmigo.

CLAUD. ¿Salir?

MAR. Quiero que me acompañe usted á misa. Despues daremos un paseo, que le sentará muy bien, por fuera de las murallas; veremos la torre del Oro, arrullada por las olas del Guadalquivir: y me repetirá usted su historia, que para mí es muy agradable.

CLAUD. (Levantándose.) Es que tengo aqui mis Comentarios, y quisiera concluirlos hoy, para lo cual necesito trabajar.

MAR. Y yo necesito que usted me acompañe.

CLAUD. ¿De veras? ¿Para qué?

MAR. (Despues de una pausa.) No sé cómo decírselo. Puede que sea una aprension mia; pero... siempre que salgo, encuentro á una persona que parece que me sigue, y eso me espanta.

CLAUD. (Con inquietud.) ¡Y á mí tambien! ¡Oh, has hecho bien en decírmelo! Ya no te dejaré ir sola á ninguna parte. Puede que sea alguno de esos desalmados que en Córdoba

perseguian á tu padre, gritando como energúmenos: ¡Muera ese negro, muera ese negro!

MAR. Ah, no; eso no.

CLAUD. Aun me parece que los estoy viendo, en mangas de camisa y con los cabellos erizados... ¡Viva el rey disoluto! ¡Muera la nacion!

MAR. No; la persona á quien yo me refiero parece distinguida y de finos modales.

CLAUD. ¡Ah! y entonces, ¿por qué tienes miedo?

MAR. No lo sé; pero lo tengo, sin saber explicarme la causa.

CLAUD. ¿Te ha dirigido algunas palabras ó algunas miradas amenazadoras?

MAR. No me ha hablado nunca.

CLAUD. ¿De veras?

MAR. Y cuando me mira, lo hace con una expresion tan dulce, que me siento turbada, me pongo encendida, bajo los ojos, trato de acelerar el paso, y el corazon me palpita con tanta violencia, que casi no puedo andar.

CLAUD. ¡Es extraño! ¿Y eso es todo lo que ha sucedido?

MAR. Solo una vez, al entrar en la iglesia... se me cayó el abanico... y él se apresuró á recogerlo y entregármelo, pero sin decirme una palabra.

CLAUD. En eso no hizo mas que su deber; y tú le darias las gracias por su amabilidad.

MAR. No se me ocurrió entonces.

CLAUD. Le disgustaria tu falta de atencion.

MAR. Al contrario; me pareció que se alejaba muy contento.

CLAUD. Entonces, nuestros temores son infundados.

MAR. Segun eso, cree usted que puedo ir sola á misa, como de costumbre.

CLAUD. Seguramente; pero, sin embargo, si quieres que yo te acompañe...

MAR. No, iré sola. Ademas, usted no se ha arreglado todavia, y ya han tocado la primera vez. Con que... Adios, amigo mio.

CLAUD. Yo, entre tanto, veré si puedo concluir mis Comentarios á la Eneida, que un librero quiere comprarme.

MAR. ¿El mismo que le ha comprado ya otras varias obras, y no le ha pagado ninguna?

CLAUD. Sí; hay libreros que tienen esa mania... Pero ahora me lo ha prometido formalmente, y estoy seguro de que me pagará. Virgilio ha sido siempre para mí de buen agüe-

ro. (Se sienta junto á la mesa.)

MAR. Dios lo quiera. Me llevaré mi devocionario.... (Cogiendo un libro encuadernado en tafilete negro, de dos muy semejantes que habrá sobre la mesa, y disponiéndose á salir.) y volveré lo mas pronto posible. Le dejo á usted con su buena compañia.

CLAUD. ¡Virgilio! Si, por cierto.

MAR. Hasta despues.

CLAUD. Hasta luego, adios, hija mia. (Váse Maria por el fondo y Claudio se pone á escribir.)

ESCENA V.

CLAUDIO, TOMÁS.

TOM. (Á Maria, que sale.) Vaya usted con Dios, señorita, vaya usted con Dios. (Á Claudio.) Ya tiene usted su leviton cepillado y listo, y junto á él el baston y el sombrero. ¿Quiere usted algo mas? (Viendo que Claudio no le contesta.) ¿Que si quiere usted algo mas? Como si se lo dijera á un poste. En estando con la señora Dido y el señor Eneas, aunque usted le diga perro judio, no hay miedo que le haga caso. ¿Ha ido la señorita á la catedral?

CLAUD. Si, hombre, si.

TOM. Debe haber mucha gente, porque sale una procesion, y no se cabe ya en Gradas... ¡Ah! se me habia olvidado entregar á usted esta carta que hace poco trajeron. (Leyendo el sobre.) Al Sr. D. Claudio Gerundino, preceptor de latinidad, calle de Rompe-Lanzas, Sevilla. Creo que es para usted.

CLAUD. (Tomando la carta y abriéndola.) Sin duda alguna. Veamos quién es el que me escribe. (Despues de haberla leido.) Es de un aficionado, que sabe que poseo un ejemplar de la edicion primitiva de las obras de Virgilio, y me ofrece por él cincuenta duros.

TOM. Pues déselo usted al instante.

CLAUD. ¡Calla, gaznápiro! ¿Sabes lo que estás diciendo? Una edicion que se ha hecho tan rara...

TOM. Pues yo no daba ni cincuenta cuartos.

CLAUD. Aunque me diera dos mil reales; aunque me diera tres mil.

TOM. (Aparte.) ¡Jesus! Este hombre está chocheando. Tres mil

reales por un librote... y con la falta que le hace el dinero. (Alto.) ¿Por qué no se lo dá usted, si se lo paga cien veces mas de lo que vale? ¿Por qué es esa manía?

CLAUD. Por lo que á tí no te importa. (Ap.) ¡Ah, Virgilio de mi alma! tú encierras para mí un tesoro; y aunque así no fuera, solo con venir de las manos de donde has venido, te conservaré hasta la muerte. (Á Tomás.) Si tú encontraras el placer que yo encuentro en su lectura... (Coge el libro que ha quedado sobre la mesa y lo abre.) Por donde quiera que uno lo abra... ¡qué versificacion... qué conceptos!... Escucha y verás qué sublimidad. (Lee.) *In te, Domine, speravi... non confundar...* (Deteniéndose.)

TOM. ¿Y eso lo dice Virgilio? Pues si eso es del Miserere.

CLAUD. (Examinando el libro.) Tienes razon: María equivocadamente se ha llevado mi Virgilio, dejándome su devocionario. Pero no hay nada perdido: ella volverá pronto, y desharemos el cambio.

VOZ. (Fuera.) ¡Tomás! ¡D. Claudio!

CLAUD. Creo que es ella. Pronto se ha acabado la misa.

ESCENA VI.

DICHOS, MARIA, pálida y con el semblante descompuesto.

MAR. (Entrando.) ¡Ah! si hubiera sabido lo que iba á sucederme... (Se deja caer en una silla.)

CLAUD. (Acercándose á ella con precipitacion y sobresalto.) ¿Qué te pasa, hija mia, qué es lo que te pasa?

TOM. ¿Qué trae la señorita?

MAR. Nada, amigos mios; afortunadamente ya estoy mejor.

CLAUD. ¿Pero qué es lo que te ha pasado? Tu semblante me dice...

MAR. ¡Oh, pensé que iba á morir!

CLAUD. Explícate.

MAR. Al entrar en la catedral, se agolpó tanta gente á mi alrededor, por entrar al mismo tiempo, y me prensaron de tal modo, que me dió una congoja, y hubiera caido a suelo, donde me hubiera pisoteado la multitud, á no ser por un caballero, que me sacó casi en sus brazos, y me hizo tomar un poco de agua. Sin su ayuda, no sé qué hubiera sido de mí.

CLAUD. Pero ya estás mejor. ¿No es verdad, hija mia?

MAR. Gracias á él...

CLAUD. ¿Y quién era ese bondadoso caballero? ¿Lo conociste?

MAR. El mismo de siempre. (Con rubor.) El que me sigue por todas partes. Se empeñó en acompañarme hasta aquí; pero no se lo he permitido.

CLAUD. Sin embargo, esta vez le habrás dado las gracias.

MAR. Al contrario; él era el que se mostraba agradecido por el favor que me había hecho.

CLAUD. ¡Cosa mas singular! ¿Y por qué le prohibiste que te acompañara? Yo le hubiera mostrado tambien mi agradecimiento.

MAR. Creí que no debia...

CLAUD. Has hecho mal. Podrá creerte una jóven mal educada.

TOM. Es claro; cuando se hace un favor y luego no se...

CLAUD. Dime dónde vive, que quiero ir al instante...

MAR. No lo sé.

CLAUD. ¿Ni su nombre tampoco?

MAR. Tampoco.

CLAUD. Entonces no hay medio... Pero ¿y tu libro?

MAR. ¡Es verdad! ahora lo echo de menos. Quizás se me caeria, y entre el bullicio...

CLAUD. (Con inquietud.) ¡Dios de mi alma! ¡Oh, qué desventura... mi Virgilio perdido! (Se deja caer en una silla, cubriéndose el rostro con las manos.)

TOM. (Acudiendo á su socorro.) ¡Calla, pues ahora es él el que se pone malo!

MAR. ¡Pero tanto desconsuelo por un libro de misa!

CLAUD. ¡Ah, Maria, Maria: tu equivocacion nos ha sido fatal! ¡En vez de tu devocionario... te llevaste mi Virgilio!

MAR. Y aunque asi fuera...

CLAUD. ¡Desgraciada! Ignoras lo que aquel libro encerraba para tí.

MAR. No comprendo...

CLAUD. ¡Ah! si hubieras podido comprenderlo... adivinarlo!... (Á Tomás.) Déjanos solos.

TOM. Es que si yo...

CLAUD. Te digo que nos dejes.

TOM. (Ap.) Está enfadado porque no quiso tomar los cincuenta duros, y ahora quiere pegarla conmigo.

CLAUD. ¿Todavia estás ahí?

TOM. Ya me voy, ya me voy. (Váse por la puerta del fondo: Claudio lo sigue con inquieta mirada, hasta perderlo de vista.)

ESCENA VII.

MARIA, CLAUDIO.

CLAUD. (Con grande interés y estrechando con dolor la mano de Maria.) ¡Hija de mi alma, con ese libro hemos perdido toda esperanza, pues en él estaba tu porvenir!

MAR. Por Dios, acabe usted de explicarse.

CLAUD. (Aparte.) No sé cómo decírselo.

MAR. Por favor, hable usted, que la inquietud me mata.

CLAUD. Hace poco, te hablé del dia en que fué saqueada nuestra casa de campo, salvándose tu padre milagrosamente. Al partir, solo tuvo tiempo para decirme que, temiendo aquellos acontecimientos, habia enterrado cerca de alli un tesoro: ya iba sin duda á decirme en dónde; pero como fué tanta su precipitacion, no pudo decirme el lugar donde se hallaba. Mas tarde, cuando quiso volver á España, para llevarte consigo, hizo nuestra desgracia que, á pesar de su disfraz, le conociesen, y ya sabes, hija mia, que sus verdugos no le dejaron gozar de la vida por mucho tiempo. Estando ya en la prision y próximo á ser llevado al suplicio, consiguió por una gracia especial que le permitiesen escribirme una carta, pero abierta, y enviarme con ella ese libro que acabas de perder, por cuyo medio se proponia sin duda indicarme, de un modo indirecto, el lugar en que quedaba oculto el tesoro. La carta tenia que pasar por muchas manos, y era preciso hacer la manifestacion de modo que nadie mas que yo la comprendiese. Voy á leértela, hija mia: desde entonces no la he separado de mí ni un solo instante, leyéndola muchas veces, por ver si lograba descifrar el enigma. Ahí la tienes. (Dándole la carta.) Toma, leela tú, que yo con las lágrimas...

MAR. (Leyéndola alto.) «Mi querido amigo: la hora de mi »muerte se acerca y te ruego que aceptes como una »memoria este tomo de Virgilio, nuestro querido poe»ta... *el primero*... piénsalo bien... *el primero* que he»mos traducido juntos y que te ens eñará el medio de »descubrir el *tesoro* de afecto que para tí encierra mi »alma. Con él te dejo á mi querida hija, para que la »eduques y establezcas de un modo conveniente, con-

»fiando para ello en tu celo, en tu amistad y en tu »*inteligencia*.»

CLAUD. (Volviendo á tomar la carta.) Ya lo ves: ese libro que has perdido, era el que podia enseñarme á descubrir lo que por desgracia hasta ahora...

MAR. ¿Con que usted cree que en ese libro estaba el secreto?...

CLAUD. Estoy muy seguro; su carta me lo dá á entender de un modo bien claro; pero yo he sido tan torpe, que he dejado pasar años y años, sin llegar á comprenderlo. Al principio, nada te quise decir, porque á tu edad era imposible que me entendieras; despues, nada te he dicho, porque queria evitarte el tormento de la incertidumbre, y esperaba, leyendo el libro constantemente, hoja por hoja, verso por verso, palabra por palabra, poder sorprenderte algun dia de una manera agradable. Esa ha sido mi tarea continua por espacio de cinco años, y todos los dias me levantaba con una esperanza mas, y me acostaba con una nueva prueba de que no sirvo para nada. Sin embargo, mientras que el libro estaba en nuestro poder, podia conservar, aunque remota, esa triste esperanza; pero hoy ya no me queda ninguna.

MAR. ¿Y qué hacer?

CLAUD. ¿Y qué hacer? salir á buscarlo por toda la ciudad; preguntar á todo el que me encuentre; ponerlo en el *Diario*, y si no, ir calle por calle, casa por casa; y si en un dia no parece, otro y otro, sin parar hasta encontrarlo.

MAR. ¡Dios mio!

CLAUD. Y es necesario salir... sin demora; porque cuanto antes se busque... (Llamando.) ¡Tomás! Tú quédate en casa, hija mia. Tomás y yo correremos, hasta que ya nos lo impida el cansancio. El es jóven; tiene buenas piernas; conoce el libro, y me servirá de mucho. (Vuelve á llamar.) ¡Tomás!

ESCENA VIII.

DICHOS, TOMÁS.

TOM. (Entrando apresurado.) Aqui estoy, aqui estoy.

CLAUD. Tráeme al instante mi leviton, mi sombrero, mi... Y si

no, espera; yo iré... Vas á venir conmigo; vas á correr como un desesperado...

TOM. ¿Yo?

CLAUD. Si; y si lo encuentras, te daré dos duros, tres, cinco, los que tú quieras.

TOM. Pero ¿el qué he de encontrar?

CLAUD. Ven, ya te lo diré por el camino. (Volviéndose á Maria.) Hija mia, si llega la noche y no hemos vuelto, no te apures, es que estamos todavia buscando. Tú entre tanto pídele á Dios...

MAR. Pero vea usted que quedo aqui sola.

CLAUD. Es verdad: volveré lo mas pronto posible. Vamos, Tomás.

TOM. Vamos. (Aparte.) ¿Qué será lo que busca con tanta?... Pero ¡ah, ya caigo!

CLAUD. Adios, hija mia.

MAR. Que vuelva usted pronto.

CLAUD. Pierde cuidado. (Dirigiéndose á la puerta.) ¡Dios mio, Dios mio... es su fortuna... es su felicidad... iluminadme. (Váse seguido de Tomás. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion que en el primero.

ESCENA PRIMERA.

MARIA, luego TOMÁS.

MAR. Van á dar las tres, y todavia no vuelve ni uno ni otro. Y lo peor es que no puedo asomarme siquiera á la ventana, porque ese jóven, que se empeña en seguirme, no deja de pasear la calle, y cualquiera que me viese creeria que... (Se oye una campanilla.) ¿Quién será?

TOM. (Fuera.) Señorita, abra usted... soy yo.

MAR. ¡Ah! es Tomás: voy á abrirle. (Váse y vuelve con él.)

TOM. (Dejándose caer en una silla y abanicándose con el sombrero.) ¡Caramba, qué cansado estoy!

MAR. ¿Y don Claudio?

TOM. Ahí viene. Como el pobre anda tan despacio, me dijo que me adelantara... ¡Caramba, qué cansado estoy!

MAR. ¿Y, al fin, se ha conseguido algo?

TOM. (Tocándose con la uña del dedo pulgar en los dientes de la maudíbula superior, con ese movimiento que quiere decir: nada.) Ni esto.

MAR. ¿Ni un indicio siquiera? ¿Ni una esperanza?

TOM. Se queda sin él, como yo me quedé sin padre.

MAR. ¡Vaya por Dios!

TOM. Y no será por falta de preguntar, porque hemos hecho mas preguntas que un libro de doctrina.

MAR. ¿Si?

TOM. Despues de preguntar á todos los de la catedral, hasta á las columnas del patio de los naranjos, salimos á la calle, y á este quiero, á este no quiero... Perdone usted. ¿Ha visto usted un libro?... Déjeme usted en paz, decia uno; ¡qué libro ni qué berengena! contestaba otro; ese viejo está chocheando, decian los mas, y continuaban su camino; pero nosotros, ni aun por esas. Por esta calle me entro, por la otra me salgo... Tomás, ese tiene cara de haber estado hoy en la procesion, pregúntale; y yo iba corriendo... Caballero, señora... ó lo que fuese; ¿ha visto usted por casualidad un tomo de Virgilio que se extravió esta mañana?... ¡Eh, norama-la para el arrapiezo! Y yo me volvia moquicaido y cabizbajo, y vuelta á empezar, y... al fin... trabajo perdido. ¡Buena ha estado la mañana! (Se oye la campanilla.) Ahí está ya el maestro. Voy á abrirle... (Vá se y vuelve con él.)

ESCENA II.

DICHOS, CLAUDIO.

MAR. Estaba de Dios que sucediera esta desgracia. El pobre, á su edad, vendrá molido... ¡y todo por culpa mia!

CLAUD. (Entrando con Tomás.) Descansaremos un rato y luego volveremos.

TOM. ¿Todavia no está usted convencido?

CLAUD. No. (Á Maria) ¿He tardado mucho?

MAR. Bastante. Ya me tenia usted con cuidado.

CLAUD. (Sentándose en el sillon.) Ya no podia mas.

MAR. ¡Pobre amigo mio; y todo por mi causa!

CLAUD. ¡Cómo ha de ser! La suerte nos reservaba todavia esta prueba.

MAR. Ya me ha dicho Tomás que todo ha sido inútil.

CLAUD. Está claro: en el sitio en que lo perdiste, y con tanta gente, á no ser por un milagro de Dios...

MAR. ¿Quién sabe si todavia?... Yo se lo he pedido con toda mi alma. (Vuelve á oirse la campanilla) ¿Estan llamando?

TOM. Si: voy á ver quién es. (Váse.)

MAR. Para Dios no hay nada imposible.

CLAUD. Es verdad; pero todos los dias no se hacen milagros.

TOM. (Fuera.) Por aqui, por aqui.

ESCENA III.

MARIA, CLAUDIO, LUIS.

LUIS. (Desde la puerta del foro.) ¿Dan ustedes permiso?
CLAUD. Adelante.
MAR. (Ap.) ¡Oh, él aqui!
LUIS. (Acercándose,) Señorita... Caballero... (Ap.) ¡Siento que no esté sola!
CLAUD. ¿Qué se le ofrece á usted?
LUIS. Deseo hablar con el señor don Claudio Gerundino, preceptor de latinidad...
CLAUD. Yo soy. ¿Qué tiene usted que mandarme?
MAR. Con permiso de ustedes, me retiro.
LUIS. ¿Y por qué, señorita? Si es incómoda mi presencia...
MAR. No, señor; es que ustedes tendrán que hablar... y yo... (Ap.) ¡No sé lo que me pasa! (Váse por el foro izquierda.)

ESCENA VI.

CLAUDIO, LUIS.

LUIS. (Siguiéndola con la vista.) ¡Qué hermosa es; qué rostro de ángel!
CLAUD. Como su alma, caballero; y donde usted la vé, tan jóven, traduce ya á Séneca y á Virgilio tan correctamente como yo puedo hacerlo.
LUIS. Doy á usted la enhorabuena; y precisamente he venido...
CLAUD. ¿Para decirme eso?
LUIS. No, señor; para entregar á usted lo que sin duda le pertenece. Junto á la puerta de la catedral me encontré esta mañana este libro en latin. (Mostrándolo.) He sabido que usted lo andaba buscando...
CLAUD. (Mirándolo.) ¡Mi Virgilio! ¡Oh, qué felicidad!
LUIS. (Entregándoselo.) Aqui lo tiene usted.
CLAUD. (Besándolo con efusion.) ¡Gracias, amigo mio, gracias! no sabe usted el favor que me ha hecho. Pero ¿quién es usted, caballero? ¿á quién debo un servicio tan señalado?
LUIS. Á Luis Vidal, hijo del comerciante del mismo nombre que vive aqui cerca.

CLAUD. (Con la mano en el bolsillo del chaleco.) Sea enhorabuena. (Ap.) Al hijo de un comerciante tan rico seria una ofensa el ofrecerle por el hallazgo. (Saca la mano del bolsillo.)

LUIS. He tenido un placer...

CLAUD. Crea usted que mi reconocimiento es tan grande, que quisiera encontrar una ocasion en que poderle ser útil de algun modo.

LUIS. Aceptò el ofrecimiento, porque tambien tengo que pedir á usted un favor.

CLAUD. Cuéntelo usted por concedido.

LUIS. Aunque tarde, he llegado á conocer que tengo tanta falta de instruccíon como sobra de riquezas.

CLAUD. ¡Calle!

LUIS. Si, señor; consagrado desde mi infancia á las letras de cambio y á las operaciones del comercio, no me he cuidado de otra clase de estudios, y me encuentro á los veinticinco años con un gran capital en efectivo, y en materia de otros conocimientos, cero.

CLAUD. ¡Qué lástima!

LUIS. En punto al latin, ni una sola palabra.

CLAUD. ¡Pobre jóven! (Ap.) Y sin embargo está bueno y saludable.

LUIS. (Con intencion, y mirando á la puerta por donde ha salido María.) Solo de algun tiempo á esta parte he empezado á comprender lo útil que puede serme su estudio.

CLAUD. ¡Está claro! No sé cómo hay quien pueda vivir sin saber esa lengua.

LUIS. Eso es lo que yo me he dicho; asi es que, á pesar de mi edad, no he vacilado en venir á suplicar á usted que me dé algunas lecciones.

CLAUD. ¡Bien, jóven desilusionado, muy bien!

LUIS. (Mirando siempre á la puerta izquierda.) Si, señor; quiero que me dé usted, aqui, lecciones especiales y frecuentes... todos los dias.

CLAUD. Con mucho gusto. La frecuencia es indispensable, sobre todo para aprender los rudimentos.

LUIS. Entonces daremos dos lecciones diarias para reparar el tiempo perdido.

CLAUD. (Ap.) ¡Qué tal! ¿Le ha entrado con aficion el latin?

LUIS. En cuanto á los honorarios de usted...

CLAUD. Enseño bien; pero llevo algo caro.

LUIS. Eso no me importa.

CLAUD. No puede ser menos de dos reales por cada leccion; y

siendo dos diarias, serán seis duros mensuales. (Ap.) ¡Qué buen discípulo!

LUIS. Me parece que no se pone usted en la razon, pidiéndome una cantidad como esa.

CLAUD. Comprendo que le parecerá á usted mucho; pero...

LUIS. Al contrario; me parece excesivamente poco, y no le daré menos de dos duros diarios, que hacen sesenta a mes.

CLAUD. ¡Eso no es posible! Seria una exorbitancia, y nunca puede valer...

LUIS. La ciencia no tiene precio.

CLAUD. No digo que no; pero como no estoy acostumbrado...

LUIS. Á tener comerciantes por discípulos, ¿eh? Tenga usted en cuenta que enseñar el latin á un comerciante debe ser muy difícil, sobre todo cuando no sabe de él ni una palabra.

CLAUD. ¿Con que absolutamente nada? Ni el *musa musæ*, *dominus domini*...

LUIS. Nada, ni aun eso.

CLAUD. ¡Qué cosa tan extraña!

LUIS. Ahora le digo á usted que me avergüenzo.

CLAUD. ¡Oh! jóven, esa indignacion me prueba que tiene usted verdadera fé, y que llegará algun dia á saborear las delicias de la lengua del Lacio.

LUIS. Dentro de poco tiempo tengo la esperanza de poder comprender los mejores autores, sobre todo á Virgilio.

CLAUD. (Con entusiasmo.) ¡Oh, el príncipe de los poetas!

LUIS. Lo traduciremos muy pronto, ¿es verdad?

CLAUD. (Sonriendo.) Antes hay que estudiar mucho. Sin embargo, para ir acostumbrando el oido, bueno será que todos los dias, despues de la leccion, leamos algun trozo, que yo tendré cuidado de explicarle inmediatamente, como por ejemplo... (Toma el libro que está sobre la mesa, lo abre y entrega á Luis, mientras acude en busca de sus anteojos.)

LUIS. (Despues de examinar cuidadosamente la encuadernacion del libro.) ¡Qué coincidencia tan extraña!

CLAUD. (Acercándose con los anteojos puestos.) ¿De qué se admira usted?

LUIS. De esta encuadernacion con estas iniciales y estas armas.

CLAUD. Si, las del conde de la Alameda, mi bienhechor y mi an-

tiguo amo.

LUIS. Es que mi padre ha comprado, hace poco, una hacienda en las cercanias de Córdoba, y entre los libros que se conservan en su biblioteca, hay muchos... casi todos tienen estas mismas armas y estas mismas iniciales.

CLAUD. ¡Con que... cerca de Córdoba! ¿Se llama la hacienda de la Laguna?

LUIS. ¿La conoce usted?

CLAUD. (Queriendo disimular su emocion.) Sé que ha pertenecido á la familia del conde...

LUIS. Ciertamente; fué una de las fincas que le confiscaron, despues del cambio de sistema, y que mi padre compró, despues de haber tenido otros varios peseedores.

CLAUD. (Aparte.) ¡Allí es donde está enterrada la fortuna de su hija, sin que yo haya podido comprender hasta ahora...

LUIS. Con que, cuando usted quiera, empezaremos nuestra primera leccion.

CLAUD. (Preocupado.) Ahora... es imposible. (Aparte.) Voy á buscar de nuevo...

LUIS. Contando con su promesa, espero no salir de aqui sin la leccion ofrecida.

CLAUD. (Aparte.) ¡Y yo que queria entregarme ahora con nuevo ardor á mis investigaciones!

LUIS. (Aparte.) Algo le preocupa. ¿Si sospechará?... (Alto.) S es que le sirve de molestia...

CLAUD. No, señor, no; he discurrido un medio, para que usted satisfaga su deseo de instruirse, sin que yo tenga que desatender una ocupacion perentoria. (Dirigiéndose al foro y llamando.) ¡Maria, Maria!

ESCENA V.

DICHOS, MARIA.

MAR. (Entrando.) ¿Me llamaba usted? (Aparte al ver á Luis.) ¡Todavia no se ha marchado!

CLAUD. Si, hija mia. Acércate. Este caballero es un nuevo discípulo; don Luis Vidal, que sabe de todo menos de latin.

MAR. ¿Don Luis Vidal?

CLAUD. Ya lo conocerás por el nombre, y comprenderás los miramientos que se le deben, sobre todo porque él nos ha

hecho recobrar nuestro Virgilio.

MAR. ¿De veras?

CLAUD. Sí; él lo cogió, sin duda, cuando se te cayó de las manos, y ha tenido la bondad de traerlo.

MAR. ¡Qué fortuna!

CLAUD. Tengo necesidad de dejarlo por un momento... (Á media voz.) porque me ha ocurrido hacer una investigacion, que puede ser muy provechosa para nuestro asunto.

LUIS. (Á Claudio.) Permítame usted que le diga...

CLAUD. (Á Luis.) Pierda usted cuidado respecto á su leccion, porque voy á dejar en mi lugar un suplente, que desempeñará el cargo con notable inteligencia.

LUIS. El caso es que yo quisiera que usted mismo...

CLAUD. Será otro yo enteramente. María, tú te encargarás por hoy de explicar á este caballero...

MAR. ¡Yo!...

LUIS. (Con alegría.) ¡Ah! ¿Con que es esta señorita la que...

CLAUD. Cuando yo la dejo en mi lugar, es porque estoy seguro de su suficiencia. Ella sabe el latin casi tan bien como yo, y hasta el griego. (Dando á María una gramática que estaba sobre la mesa.) Aquí tienes la gramática. Empieza desde luego á hacerle conocer los nombres, los verbos...

MAR. (Turbada.) ¡Cómo! ¿Con que usted quiere que yo?... (Bajo.) Si usted supiera...

CLAUD. (Sin escucharla.) Es preciso que no pierda el tiempo. (Á Luis.) Esté usted tranquilo.

LUIS. (Gozoso.) ¡Oh! sí lo estoy.

CLAUD. Ella seria capaz de enseñar, no solo los nombres y los verbos, sino hasta la sintáxis y la prosodia. No se incomodará usted, ¿eh?

LUIS. Al contrario.

CLAUD. (Á María.) Ya lo ves; él dá su consentimiento... Es un caballero muy amable.

MAR. (Á Claudio por lo bajo y sin poder ocultar su turbacion..) Usted lo quiere; pero...

CLAUD. Con que, mucha aplicacion, y hasta luego. Yo volveré pronto. (Aparte.) Me parece que he de encontrar en su última carta... (Váse por la derecha.)

ESCENA VI.

MARIA, LUIS.

MAR. (Despues de una pausa, teniendo la gramática en la mano y en actitud que revele gran modestia y turbacion. Ap.) ¡Nos deja solos! No sé lo que me pasa... Estoy temblando. (Se sienta junto á la mesa.)

LUIS. (Colocándose á su lado.) ¡Qué sorpresa tan agradable para mí, señorita! En vez de tener por maestro á ese buen anciano, veo con placer que es usted la que vá á enseñarme.

MAR. (Conmovida.) Bien á mi pesar, caballero; y le aseguro á usted que...

LUIS. ¡Tan jóven, tan hermosa y ya tan sábia!

MAR. (Con candidez.) No es mia la culpa. El buen anciano que me ha educado no podia enseñarme otra cosa que lo que él mismo sabia; y usted quizás encontrará ridículo en una mujer...

LUIS. De ningun modo.

MAR. Merece hasta cierto punto ser disculpada...

LUIS. (Ap.) ¡Cuánta dignidad, cuánta modestia! (Alto.) No encuentro palabras con que manifestar á usted mi alegria, al pensar que voy á oir de sus labios los primeros preceptos...

MAR. (Con timidez.) Si usted tuviera la bondad de dispensarme... se lo agradeceria mucho.

LUIS. Al contrario, tengo un empeño formal en que usted me dé la primera leccion, porque asi aprenderé mas fácilmente.

MAR. Ya que usted se empeña, empecemos.

LUIS. Cuando usted guste.

MAR. (Abriendo la gramática.) Vamos á la primera declinacion. Aqui está. Vaya usted leyendo conmigo.

LUIS. Con mucho gusto.

MAR. (Leyendo.) «Nominativo, musa, la musa; genitivo, musæ, de la musa.» (Luis vá repitiendo.)

LUIS. ¡Qué lengua tan deliciosa es el latin! No esperaba encontrar una musa tan inspiradora. (Mirando con interés á Maria.)

MAR. Eso no está en el libro, caballero.

LUIS. Pero está en otra parte. Sigamos.
MAR. Vamos al plural.
LUIS. ¡El plural... qué hermoso debe ser el plural!
MAR. Si no atiende usted á la leccion... Veo que está usted muy distraido.
LUIS. Esa palabra me ha recordado la vez primera que tuve el gusto de encontrar á usted...
MAR. (Con rubor.) Caballero... en la clase no se habla; eso es lo primero que el maestro prohibe; es necesario guardar silencio y atender á lo que se hace.
LUIS. Sin embargo...
MAR. Dará usted lugar á que se enfade el preceptor.
LUIS. ¿Hasta el punto de castigarme?
MAR. Dejando la leccion sin acabar, ya que no ha de ser provechosa. (Levantándose.)
LUIS. (Suplicante y haciéndola sentar de nuevo.) Por favor, señorita, es necesario que la leccion sea un poco mas larga.
MAR. Con tal de que usted sea obediente... Continuemos los nombres.
LUIS. Á pesar de la ignorancia que he manifestado, creo que los sé bastante, para que vayamos desde luego á los verbos.
MAR. ¡Cómo!
LUIS. (Pasando algunas hojas en el libro.) Buscaremos la primera conjugacion. Aqui está. El verbo amar... ¡Qué delicioso es este verbo! ¿No es verdad, señorita? ¡Tiempo presente: yo amo, amo!
MAR. Pero todavia no hemos llegado ahí.
LUIS. Si tal; y por mi parte ya hace mucho tiempo que aprendí en sus ojos á conjugar todos los de este verbo.
MAR. (Levantándose sorprendida.) Caballero, esas palabras...
LUIS. (Acercándose á ella.) Escúcheme usted, por favor, ya que ha llegado el momento que tanto he deseado. Desde que ví á usted por primera vez, no he tenido otro pensamiento que el de poderla hacer feliz algun dia, arrancándola de la existencia oscura á que la he visto condenada.
MAR. (Conmovida y ap.) ¡Qué escucho!
LUIS. Si, yo la amo á usted; la amo con toda la ternura de mi alma; mi fortuna me permite seguir los impulsos de mi corazon, y solo espero de sus labios una palabra, para consagrar á usted toda mi existencia.

MAR. (Con cándida expansion.) ¡Será posible! Con que yo... pobre jóven, á quien apenas conoce usted...

LUIS. (Con ardor.) ¿Y eso qué importa?

MAR. ¿Y quiere usted ofrecerme su mano?

LUIS. (Con sorpresa.) ¡Ah! ¿Mi mano?

MAR. ¡Darme su nombre!...

LUIS. (Ap.) ¡Malo... por dónde la toma!

MAR. (Con mal reprimido gozo y ap.) ¡Ah, no me habia engañado en mi juicio .. es un corazon noble y generoso! (Alto y con timidez.) Caballero... usted sabe de quién dependo, y á quién debe dirigirse para hablar de ese matrimonio...

LUIS. (Desconcertado y como si buscase las palabras.) ¿El matrimonio? Tal era mi intencion sin duda... pero... mas adelante. Por ahora... usted comprende que... mi familia podria oponer algunos obstáculos... que yo acabaria por vencer... principalmente cuando... (Maria lo mira con asombro, empezando á apoderarse de ella alguna desconfianza. Luis hace una transicion y continúa con un arranque de ternura.) En fin, Maria, yo quisiera hacerle comprender á usted que, mientras ciertas cosas no son posibles, es muy violento tener que contentarse solo con esperanzas, pudiendo disfrutar de una inmensa ventura en la confianza de un mútuo y eterno cariño.

MAR. (Con mayor asombro.) ¿Qué quiere usted decir?

LUIS. (Con el mismo entusiasmo.) ¿Cómo he de resignarme á verla á usted en esta habitacion humilde, rodeada casi de la miseria, cuando con una sola palabra todo puede cambiar para usted?

MAR. (Procurando comprenderlo.) ¿Cómo?

LUIS. ¡Ah, déjeme usted vengarla hoy de su injusta suerte, asegurándole una existencia mas dichosa; déjeme usted que la rodee de los brillantes goces que proporciona el lujo y lleva consigo la riqueza; déjeme usted...

MAR. (Exhalando un grito ahogado y cubriéndose con las manos el rostro.) ¡Ah!

LUIS. (Alarmado y acercándose á ella) ¿Qué tiene usted?

MAR. (Con voz alterada.) Nada, nada... Déjeme usted... tengo miedo de comprenderle; y aunque no conozco todavia el mundo, una voz secreta me dice que sus intenciones no tienen nada de leales ni honrosas.

LUIS. ¡Señorita!

MAR. (Con dignidad.) Basta, caballero; esta habitacion humilde, está pobreza de que me vé usted rodeada, y con la cual estoy orgullosa, debieran haberle hecho comprender que no soy una de esas mujeres á quienes los hombres se creen con derecho de insultar!

LUIS. No ha sido mi ánimo...

MAR. (Con altaneria, y dirigiéndose hácia el foro.) ¡Que basta he dicho; no debo escuchar ya ni una sola palabra!

LUIS. (En ademan suplicante.) ¡Por piedad, señorita, por piedad; permítame usted reparar mi falta, y convencerla de que...

MAR. Todo será inútil. (Dirigiéndose á la puerta derecha.)

LUIS. (Queriendo seguirla.) ¡Maria!

MAR. ¡Atrás, caballero: entre los dos hay ya un abismo! (Váse por la puerta indicada. Pausa.)

ESCENA VII.

LUIS, abatido.

¡Tiene razon... he cometido una bajeza, una infamia... no merezco mas que su ódio y su desprecio! ¿Cómo he podido desconocer hasta tal punto mis deberes de caballero... de hombre honrado? ¡Ah, no me lo perdonaré nunca! ¡Su justa indignacion me prueba el tesoro de pureza que encierra su alma! ¡Y en qué momentos he venido á cometer una accion tan ruin y vergonzosa... cuando un matrimonio proyectado por mi padre!... (Con energia.) ¡Esto no puede quedar asi... quiero volverla á ver... justificarme... ó mas bien, confesar mi culpa é implorar su perdon! (Dirigiéndose á la puerta derecha, por donde sale Tomás.)

ESCENA VIII.

LUIS, TOMÁS.

TOM. (Saliendo y sin ver á Luis.) ¿Qué diablo se le habrá metido en la cabeza, que quiere salir ahora mismo para Córdoba?

LUIS. ¿Quién quiere salir para Córdoba?

TOM. ¡Hola! ¿Usted por acá, señor don Luis?

LUIS. ¿Qué, tú me conoces?

TOM. ¡Toma! ¿Pues quién no conoce á usted en Sevilla?

LUIS. ¿Eres tú de la casa?

TOM. Soy el discípulo, el mayordomo, el criado y el ayuda de cámara de don Claudio, todo en una pieza.

LUIS. ¿Y dices que vá á salir para Córdoba?

TOM. Ahora mismo, con la señorita Maria. Á lo menos... asi lo dice; solo que hay, segun parece, una pequeña dificultad.

LUIS. ¿Y cuál es?

TOM. La de que no tiene un cuarto.

LUIS. ¡Cómo! ¿Es posible que su situacion sea tan angustiosa?

TOM. Ni mas ni menos que lo que digo.

LUIS. (Ap.) ¡Y ahora, despues de la falta que con ella he cometido... no me queda medio de ofrecerles!...

TOM. Mire usted, y hasta cierto punto le está muy bien empleado el encontrarse en esa situacion, por avaricioso.

LUIS. ¿Qué dices?

TOM. Si, señor; hace poco que ha recibido una carta en que le ofrecen cincuenta duros por un librote... (Señalando á la mesa.) Por ese tomo de Virgilio... y creo que no quiere darlo menos de ciento cincuenta. Ya vé usted, ¿quién ha de darle una cantidad...

LUIS. Yo se la doy de buena gana.

TOM. Pero... ¿está usted loco?

LUIS. (Sacando un bolsillo y contando.) Aqui está.

TOM. ¡Jesus!... dar una fortuna por... Voy á decírselo al instante.

LUIS. (Deteniéndole.) Guárdate de hacerlo. Hay personas á quienes es preciso enriquecer á la fuerza.

TOM. Es verdad.

LUIS. Este es un favor que yo le hago...

TOM. Y de los que no hay muchos en el mundo.

LUIS. (Dándole el bolsillo.) Venga el libro, y toma el dinero.

TOM. (Dándole el libro.) Ahí vá la alhaja.

LUIS. Cuidado con decirle que he sido yo el que lo he comprado. Dile que ha sido una persona encargada por ese que le escribió.

TOM. Pierda usted cuidado.

LUIS. ¡Ah! Dime, ¿los acompaña alguien en ese viaje?

TOM. Nadie... á lo menos que yo sepa.

LUIS. Pues bien, yo te prometo un buen regalo, si vas con ellos á Córdoba y no los pierdes de vista un momento. Necesito saber cuál es la causa verdadera de ese viaje. ¿Te acomoda?

TOM. (Con alegria.) ¿Pues no me ha de acomodar? ¡Digo, y á mí que me gusta tanto ver tierras!

LUIS. Pero que no sepan nunca que yo soy el que...

TOM. En cuanto á eso, no diré una palabra. (Luis y Tomás se han ido retirando hasta la puerta del foro, donde permanecen hasta que bajan á tomar parte en el diálogo de la siguiente escena.)

ESCENA IX.

DICHOS, CLAUDIO y MARIA, que entran sin verlos por la puerta derecha, ambos dispuestos ya para la marcha.

CLAUD. Si, hija mia, el viaje es de tal importancia, que no puede retardarse. Ya te diré los motivos...

MAR. Crea usted que me alegro. Tal vez cambiando de aires me distraeré... (Ap.) y huiré de su vista para siempre.

CLAUD. (Poniendo sobre la mesa su baston y su sombrero.) Voy á recoger algunas cosillas... (Viendo llegar á Luis, que finge entrar de la calle.) Calla, ya está aqui otra vez el señor de Vidal. Cuando yo te dije que volveria pronto...

MAR. (Con frialdad.) Pues yo no lo esperaba.

LUIS. (Á Maria.) ¿Tan mal me ha juzgado usted, señorita?

CLAUD. Bien seguro estaba yo del afan que tenia de hacer rápidos progresos. (Á Luis.) Pero, amigo mio, contra mi voluntad tengo que darle algunos dias de vacaciones. Vamos á hacer á Córdoba un corto viaje...

LUIS. (Mirando á Maria.) ¿De distraccion?

CLAUD. No, de negocios.

LUIS. (Ap.) Respiro, no es por exigencias de ella. (Alto.) ¿Y vá usted solo con esta señorita?

TOM. (Bajando al proscenio y cambiando con Luis una mirada de inteligencia.) No, señor; voy yo tambien, si don Claudio no se opone.

CLAUD. ¿Tú, Tomás?

TOM. ¡Pues no faltaba mas que los dejara ir solos por esos caminos!

LUIS. (Por lo bajo á Maria.) Por Dios, no se niegue usted á es-

cucharme.

MAR. (Haciendo alarde de su indiferencia.) ¡Ah, me he dejado allá dentro mi sombrilla! (Váse por la puerta de la izquierda.)

ESCENA X.

CLAUDIO, TOMAS, LUIS: este último en ademan pensativo, junto á la puerta por donde ha salido María.

CLAUD. ¡Pobre Tomás! Y en último resultado no sé si podrás venir con nosotros. Voy á pasarme por casa del librero, á ver si me quiere adelantar... porque de otro modo es imposible.

TOM. No es necesario que acuda usted al librero para nada, porque ya es usted rico, muy rico.

CLAUD. ¡Yo!

TOM. Si, señor: es usted dueño de ciento cincuenta duros en oro, que encierra esta bolsa. (Mostrándola.)

CLAUD. ¿Y de qué es ese dinero?

TOM. De su Virgilio, que acabo de vender á un encargado del que le escribió la carta.

CLAUD. (Fuera de sí.) ¡Miserable! con que te has atrevido á vender...

TOM. ¿Hubiera usted hecho mejor venta?

CLAUD. ¡Me has perdido, me has perdido!

LUIS. (Á Claudio.) ¿Qué es eso, qué ha hecho este pobre muchacho?

CLAUD. Que... que... lo ha dejado ir sin avisarme, y era preciso que yo le dijera... (Aparte.) Partiré, sin embargo; y allí veré si solo con su carta y mis recuerdos... (Á Tomás por lo bajo). ¡Me has asesinado, miserable!

TOM. (Aparte.) ¡Está buena! Despues que le hecho un favor...

ESCENA XI.

DICHOS, MARIA.

MAR. (Acercándose á Claudio.) ¿Qué es lo que pasa?

CLAUD. Nada, nada, hija mia: ya te lo diré.

MAR. Pero esos gritos...

CLAUD. Eran... eran de alegria... porque ese imbécil (Señalando

á Tomás.) me ha entregado un dinero que yo no esperaba. (Aparte á Tomás.) ¡Bribon!

TOM. (Aparte.) ¡Dále! (Alto.) Ya vé usted, señorita, la manera de mostrarme su agradecimiento.

LUIS. (Á María por lo bajo.) Una palabra siquiera, antes de partir.

MAR. (Apartándose de Luis y colocándose al otro lado de Claudio.) Cuando usted quiera, ya estoy lista.

CLAUD. (Aparte.) Aunque el guia me falta, á lo menos sé que allí está el tesoro, y espero que Dios me dará una buena inspiracion para encontrarlo.

LUIS. (Aparte.) Si supiera que habian de aceptar mi ofrecimiento... No importa; lo haré, aunque lo rehusen, y despues correré á encontrarla. (Alto.) Si no temiera cometer un abuso, me atreveria á ofrecer á ustedes una hospitalidad... no es en el mismo Córdoba precisamente; pero está muy cerca... en la hacienda de la Laguna.

CLAUD. ¿En la... en la misma hacienda de la Laguna? (Aparte.) ¡Oh! es cuanto podia desear!

LUIS. La única persona que la habita es una señora anciana, hermana de mi padre, y tendrá muchísimo gusto en verse acompañada de ustedes... aunque no sea mas que por algunos dias...

CLAUD. (Sin poder ocultar su emocion.) ¡Caballero!... Ese es favor tan grande que...

MAR. (Por lo bajo á Claudio.) Rehuse usted.

CLAUD. (Id. á María.) ¡Al contrario! Si eso nos proporciona... (Alto á Luis.) Acepto, mi querido discípulo, acepto con toda la gratitud de mi corazon.

MAR. (Ap.) ¡Dios mio, qué es lo que hace!

CLAUD. (Ap.) Ya he logrado lo principal.

LUIS. (Ap.) Volveré á verla.

CLAUD. (Á Luis.) ¿Irá usted á hacernos alguna visita?

TOM. (Que está recogiendo algunos objetos y metiéndolos en un saco de noche.) Eso si que es imposible, porque se dice en el barrio que el señor don Luis va á casarse muy pronto con la hija de un labrador, el mas rico de Sevilla.

MAR. (Ap.) ¡Ah!

CLAUD. Eso es otra cosa.

LUIS. (Á Tomás por lo bajo.) ¡Torpe de los diablos!

TOM. ¡Toma! ¿Acaso es un secreto? Pues si lo sabe toda la ciudad.

CLAUD. (Á Luis, tendiéndole la mano.) Cómo ha de ser; le doy á usted un millon de gracias, y... hasta la vista. (Á María que se apoya en su brazo.) Vamos, que ya irá á salir la diligencia. Pero, ¿por qué me aprietas tanto el brazo?

MAR. Vamos, amigo mio, que es tarde.

TOM. Si, vamos, no sea que... Tengo un deseo de oir... ¡Arre, pulia, gallarda, coronela... pasa allá!

CLAUD. (Á Tomás.) ¿Llevas los libros?

TOM. Todos van aqui.

LUIS. (Á María.) Señorita...

MAR. ¡Adios, caballero: que sea usted muy dichoso!

LUIS. (Ap.) ¡Ah!

CLAUD. Hasta la vista.

TOM. Quede usted con Dios, señor don Luis. (Salen los tres por el foro derecha.)

LUIS. Pronto la veré.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon con algunas reminiscencias del gusto árabe en la hacienda ó casa de campo de la Laguna, en las cercanias de Córdoba. Puerta al fondo, que conduce al campo por la derecha y al interior por la izquierda; otra á la derecha del actor, que dá á las habitaciones interiores de la quinta; á la izquierda, en primer término, una ventana grande sin reja, que figura dar al jardin. Este salon, destinado á biblioteca, tendrá varios estantes llenos de libros; en el centro, un poco hácia la derecha, habrá una mesa con varios libros, papel y tintero. Al lado de la mesa un sillon; sillas repartidas por la escena, y dos junto á la ventana. Al levantarse el telon, empieza á amanecer.

ESCENA PRIMERA.

LUIS, entrando por el foro derecha.

Ya vá rayando el dia, y al fin he podido llegar antes que se levanten. El capataz me ha dicho la manera afectuosa con que ayer los recibió mi buena tia, de lo cual estoy muy contento. Procuraré verla antes que don Claudio y su pupila se levanten, y ella, que me quiere como á un hijo, me aconsejará lo que debo hacer para alcanzar siquiera el perdon de Maria, y una esperanza, sin la cual me seria imposible vivir. Siento pasos. (Escuchando hácia la puerta derecha.) ¿Si será el buen preceptor, que se habrá levantado ya con el deseo de visitar la biblioteca? Por si acaso, le dejaré sobre la mesa su

tomo de Virgilio, que le sorprenderá agradablemente. (Deja sobre la mesa un libro que traia guardado, y vuelve á escuchar junto á la puerta donde sintió el ruido.) Creo que... Si, él es, importa que no me vea. (Váse con precipitacion por el foro derecha.)

ESCENA II.

CLAUDIO, TOMÁS.

CLAUD. (Entrando por la puerta derecha, seguido de Tomás.) Esta es la biblioteca, Tomás, mi querida biblioteca, que tantos deseos tenia de volver á ver. ¡Gracias á Dios que me encuentro entre los mios!

TOM. (Ap.) Tiene razon; el bueno de don Claudio no es mas que un libro latino, encuadernado en paño viejo.

CLAUD. Te gusta mucho, ¿eh?

TOM. Lo que no me gusta es haberme levantado al amanecer, despues del cansancio del viaje.

CLAUD. Calla, tonto, tú no sabes lo que es dar un buen paseo á estas horas por el jardin y por la huerta.

TOM. ¡Buena está la hora del paseo!

CLAUD. La mañana está deliciosa.

TOM. ¡Pues si está lloviendo á cántaros!

CLAUD. Eso será el rocio.

TOM. No hable usted tan alto, porque vá usted á despertar á la tia de don Luis, que duerme ahí cerca.

CLAUD. (Que se ha asomado á la ventana.) Tienes razon; mientras escampa, voy á recordar aqui los años mas dichosos de mi vida. (Examinando los estantes.) ¡Qué perfume tan delicioso se respira aqui entre tanto libro!

TOM. Si; un olor á polvo y á ratones...

CLAUD. (Agarrando á Tomás por una oreja y haciéndole andar alrededor del salon, hasta que vienen á pararse junto á la mesa.) ¡Calla, profano, y ven á respirar conmigo el científico aroma que aqui se exhala!

TOM. ¡Ay, ay!

CLAUD. Calla y respira. (Reparando en el libro que D. Luis ha dejado sobre la mesa.) Pero... ¿qué veo? (Tomando el libro.) Este libro... No... mis ojos no me engañan... es mi Virgilio... mi Virgilio, que ha aparecido aqui por arte de encantamiento... (Besándolo.) ¡Oh, querido amigo mio...

mi compañero inseparable! ¿Quién te ha traido otra vez á mis manos?

TOM. (Ap.) ¡Su Virgilio!

CLAUD. Míralo, Tomás, míralo y asómbrate.

TOM. (Acercándose.) ¡Calla, pues es verdad!

CLAUD. Pero ¿cómo se explica?... ¡Esto es para volverse loco!

TOM. ¡Ah, ya comprendo! (Rie á carcajadas.)

CLAUD. ¿Te ries?

TOM. ¿No he de reirme? No habiendo podido venir á traerlo el que lo compró, le habrá dado el encargo á alguno de sus criados, y vea usted como...

CLAUD. (Con asombro.) ¿Quien te lo compró?

TOM. Si, pues no fué otro que mi nuevo condiscípulo, el jóven don Luis Vidal.

CLAUD. ¡Ah, *Pius Æneas!* Por segunda vez le debo el recobrarlo. ¿Cómo le podré pagar tantos beneficios?

TOM. No vaya usted á decirle, cuando volvamos á Sevilla, que yo se lo he declarado, porque me lo prohibió terminantemente.

CLAUD. Descuida, que, si es asi, no te descubriré, aunque me será muy difícil ocultarle mi agradecimiento. (Escucha.) Pero... se siente ruido... Sin duda que ya la gente empieza á levantarse. Anda, Tomás, tráeme mi baston y mi sombrero...

TOM. ¿Para leer á Virgilio?

CLAUD. Para dar un paseo por el jardin y la huerta.

TOM. (Ap.) ¡Pues no es mala la mania que le ha dado de pasear! Con el viaje se conoce que le ha tomado el gusto al movimiento. (Váse por la puerta derecha.)

ESCENA III.

CLAUDIO, despues MARIA.

CLAUD. Ahora que he recobrado mi talisman, tengo esperanzas... estoy casi seguro de salir adelante con mi empresa. (Viendo á Maria, que se acerca por la puerta derecha.) Aqui viene Maria. ¡Qué temprano se ha levantado!

MAR. (Entrando.) ¡Aqui está!

CLAUD. ¿Has dormido bien, hija mia?

MAR. Le busco á usted para una cosa mas importante.

CLAUD. ¿Qué pasa?

MAR. Que el jóven don Luis Vidal...

CLAUD. Precisamente iba yo á hablarte de él.

MAR. Está aqui.

CLAUD. ¿De veras?

MAR. Le he visto por mis propios ojos; acaba de llegar de Sevilla.

CLAUD. Vendrá á visitar á su tia; en eso hace muy bien.

MAR. No es por ella, es por nosotros por quien viene.

CLAUD. ¿Tú lo crees asi? Tanto mejor.

MAR. Tanto peor, digo yo, amigo mio; es necesario que salgamos de aqui al instante.

CLAUD. ¡Salir de aqui!... ¿por qué?

MAR. Porque... hartas razones tenia yo para oponerme á que aceptásemos su hospitalidad, aun no estando él en la quinta; pero desde que él ha llegado, es imposible que permanezcamos en ella ni un solo momento.

CLAUD. Pero, ¿cuál es el motivo?

MAR. ¿Es posible que usted no vea ni adivine nada? No sé cómo decirle.... pero mi turbacion, mi desasosiego han debido hacerle comprender que el jóven que por todas partes me seguia; el que fué á pedir á usted unas lecciones que no necesitaba; que don Luis Vidal, en fin...

CLAUD. Es un buen muchacho que desea instruirse.

MAR. ¡Lo que quiere es engañarnos!

CLAUD. ¡Cómo!

MAR. Si, engañarnos, y ha tenido el atrevimiento de declararme, cuando iba á casarse con otra, que me amaba, y esperaba que yo le correspondiera.

CLAUD. ¡Será posible!

MAR. Como lo estoy diciendo.

CLAUD. ¡Ah, no lo conseguirá!

MAR. Seguramente; y para evitar su presencia, es necesario que nos marchemos al instante.

CLAUD. (Pensativo.) Por una parte veo que tienes razon; sin embargo... salir de aqui... ahora que... Maria, es necesario que nos detengamos siquiera algunas horas. Ya te explicaré los motivos que tengo para...

MAR. Pero usted no piensa en que él está aqui, y que, al verme, podrá creer... (Viendo llegar á D. Luis por la puerta derecha.) ¡Dios mio, aqui está!

CLAUD. ¿Quién, don Luis?

MAR. Mírelo usted por dónde viene.

CLAUD. Pues nada de manifestarte conmovida. Haz como yo: la sonrisa en los labios y la confianza en el pecho. Asi: procura imitarme. (Se coloca con gravedad cómica al lado de Maria y en actitud de esperar la llegada de D. Luis.)

ESCENA IV.

DICHOS, LUIS, despues TOMÁS.

CLAUD. (Á Luis sonriendo.) ¡Mi querido discípulo! Esta es una verdadera sorpresa.

LUIS. (Saludando respetuosamente á Maria y dirigiéndose luego á Claudio.) Señorita... Ciertamente no esperaba tan pronto el placer de ver á ustedes; pero mi padre tenia que comunicar á mi tia algunas noticias de gran importancia, de las cuales me he encargado yo con mucho gusto, y hace muy poco que acabo de llegar.

CLAUD. (Con aplomo.) Ya yo lo sabia.

MAR. (Por lo bajo á Claudio) ¿Vá usted á decirle?...

CLAUD. (Ap.) ¡Es verdad! (Alto á Luis.) Es decir, lo pensaba... lo presumia por... porque á veces se figura uno lo que vá á suceder.

LUIS. Segun eso, usted me aguardaba.

MAR. (Á Claudio por lo bajo.) ¡Peor ha sido la enmienda!

CLAUD. (Ap.) ¡Diablo!... yo no soy para estas cosas.

LUIS. ¿Con que me esperaba usted?

CLAUD. No, señor... lo que es esperarle precisamente, no; pero, encontrándose aqui su señora tia... era muy natural que alguna vez... (Á Maria por lo bajo.) ¿Lo ves tú? Ya no sospechará nada.

LUIS. Para mí es una verdadera satisfaccion el poder acompañar á ustedes y hacerles los honores, que mi tia, por su edad y por sus achaques, no puede hacer en manera alguna. Si la bondad de ustedes me lo permite, daremos de cuando en cuando algun paseo por el jardin y por la huerta, donde, entre otras cosas dignas de verse, hay una hermosísima haya, notable por su antigüedad en todos estos contornos; pues hay algunos, aunque á mi ver exageradamente, que hacen remontar su antigüedad nada menos que á los tiempos de Séneca.

CLAUD. La conozco, amigo mio, y me he sentado á su sombra algunas veces... *frondæ super viridi.*

TOM. (Que ha entrado algunos momentos antes con el baston y el sombrero de Claudio.) Á poco mas, la hacen tan antigua como el mundo. (Á Claudio.) Aqui tiene usted ya su baston y su sombrero.

CLAUD. (Tomándolos.) Dame. (Á Luis.) Ya yo habia formado mi propósito de hacer una pequeña excursion; y asi, si usted me lo permite...

LUIS. Con mucho gusto.

MAR. (Sobresaltada, ap.) ¡Vá á dejarme sola! (Alto.) Este caballero acompañará á usted y le servirá de guia.

CLAUD. No, no quiero que se incomode. Por otra parte, me gusta mucho pasear solo... filosofando.

LUIS. Es usted muy dueño de obrar como en su propia casa.

MAR. (Á Claudio.) De ningun modo quiero que vaya usted solo; y en ese caso le acompañaré yo misma.

CLAUD. ¡Con la mañana que hace... seria una locura!

LUIS. (Asomándose a la ventana.) Tiene razon, la lluvia empieza de nuevo y con mas fuerza que antes.

CLAUD. (Á Maria.) ¿Lo ves tú? Podrias constiparte; ponerte mala... y no es justo que yo lo consienta.

MAR. (Insistiendo.) Pero usted...

CLAUD. Yo... un hombre es otra cosa. En llevando un buen paraguas... Tomás. ¿No has traido el mio?

TOM. Si, señor; voy por él. (Váse por la derecha y luego vuelve con el paraguas.)

MAR. (Ap.) No hay medio de disuadirle. (Alto.) Á lo menos, para tranquilizarme, el señor don Luis tendrá la bondad de enviar algun criado, por si algo se le ocurriere.

LUIS. Yo mismo acompañaré á nuestro querido profesor hasta la casilla del jardinero, y desde allí...

MAR. Yo entre tanto rogaré á su señora tia que me permita acompañarla hasta la vuelta de mi preceptor.

CLAUD. (Con alegria.) ¡Asi! ¿Lo ves tú? Si todo se arregla en el mundo. Yo volveré pronto... á lo mas dentro de un cuarto de hora.

TOM. (Entrando con un paraguas de dimensiones colosales.) Aqui está la sombrilla.

CLAUD. (Tomándolo.) Con este no hay miedo de que me moje. Cuando usted guste, señor don Luis.

LUIS. (Despues de dirigir á Maria una mirada suplicante.) Vamos.

CLAUD. (Dirigiéndose á la puerta del foro.) Ahora, Dios me ilumine.

(Vánse por el foro izquierda, seguidos de Tomás.)

ESCENA V.

MARIA, depues LUIS.

MAR. (Despues de una pasa.) ¡Pobre anciano, con esa idea fija que lo absorbe, mis miradas... mis señas... todo ha sido inútil! Desde hace algunos dias, no parece sino que una fatalidad lo tiene completamente ciego. (Suspira.) Me apresuraré á refugiarme al lado de la tia de don Luis, no sea que este vuelva y quiera obligarme á escuchar... Pero la casa es tan grande, y hay tantos corredores, que temo extraviarme en ellos. Si hubiera alguno que me guiase... (Al dirigir la vista á su alrededor se encuentra con Luis, que llega por el foro.)

LUIS. Yo guiaré á usted, señorita.

MAR. (Con sobresalto.) ¡Ah!... tan pronto ha vuelto usted que...

LUIS. Encontramos aqui cerca al jardinero, y el mismo don Claudio me rogó que me volviese.

MAR. (Ap.) ¡Todo lo hace al revés! (Alto.) Pues bien, caballero, quiero ir al momento al lado de su señora tia.

LUIS. (En ademan de súplica.) Señorita, le suplico á usted por lo que haya de mas sagrado para su corazon, que me escuche antes siquiera un momento.

MAR. (Dirigiéndose á la puerta derecha.) Es imposible; prefiero ir sola.

LUIS. ¡Por la memoria de su madre! (Maria se detiene.)

MAR. (Volviendo como á su pesar.) Aunque no debia...

LUIS. (Despues de una pausa.) Conozco que es usted demasiado indulgente. Al hablarle por primera vez, sin conocerla bastante, me atreví, siguiendo el ejemplo de algunos jóvenes libertinos, con quienes por desgracia me he acompañado... me atreví á hacerle escuchar palabras, que con razon han debido ofenderla, y que un momento despues de pronunciadas ya las reprobaba mi corazon. Señorita, yo me retracto de todo cuanto entonces le dije, y le aseguro que nadie la honra á usted ni la respeta mas que yo, que en aquellos breves instantes conocí demasiado la pureza, la dignidad y la elevacion de su alma. Si despues de esta confesion, que me enorgullece tanto como me avergüenza la conducta de aquel dia

se digna usted concederme un perdon generoso, en gracia de mi arrepentimiento, tendré un nuevo motivo para bendecir el dia en que tuve la suerte de encontrarla.

MAR. (Ap.) ¡Gracias, Dios mio! (Alto.) Caballero... tengo una satisfaccion en escuchar sus disculpas, porque ha reparado usted su falta de una manera digna y noble. Esa confesion franca y leal devuelve á usted toda la estimacion que merece un caballero, y le aseguro que desde este instante olvidaré las palabras con que, sin duda por no conocerme, me causó usted tan grave como inmerecida ofensa. (Dirigiéndose á la puerta derecha.)

LUIS. Otra palabra, señorita: delante de usted se habló de un enlace que estaba yo próximo á contraer...

MAR. (Ap.) ¡Ah!

LUIS. Era un casamiento tratado por mi familia, al cual, sin conocer á usted, quizás hubiera accedido; pero ese enlace ha sido roto por mí en tiempo oportuno, y antes de haber empeñado mi palabra.

MAR. (Acercándose á Luis por un impulso involuntario.) Ha hecho usted muy bien. (Reponiéndose.) Si... lo repugnaba su corazon.

LUIS. Mi padre, que jamás ha querido contrariar mis inclinaciones, me habia propuesto casarme con la hija de uno de sus mas antiguos amigos, una jóven de una fortuna inmensa; pero al verme entrar desesperado, cuando me separé de usted, y habiéndole dicho que moriria si usted rehusaba mi corazon y mi mano, me pidió algun tiempo para resolverse, y yo, con la impaciencia en el alma, he corrido aqui, donde por instantes aguardo su respuesta, que no dudo será conforme á mis deseos.

MAR. Por mi parte...

LUIS. Quiero que me diga usted con toda franqueza, si puedo esperar la dicha de ser para siempre á su lado el mas feliz de los hombres.

MAR. Caballero: la hija del conde de la Alameda, á quien no queda ya otra fortuna que su honor y el nombre de su familia...

LUIS. ¡Ah, usted, la hija del conde, de ese pobre mártir!... ¡Mi corazon no me engañaba! Y bien, ¿podré esperar?...

MAR. Aguarde usted la respuesta de su padre.

LUIS. Ha debido llegar aqui casi al mismo tiempo que yo, y no sé en qué pueda consistir la tardanza; pero confio en

que ha de ser favorable, porque su cariño es inmenso. (Viendo llegar á un criado.) ¡Ah! ¿no se lo decia á usted? Aquí está ya el que debe traerla. (Se adelanta hácia el foro y vuelve al proscenio con el criado.)

ESCENA VI.

DICHOS, un CRIADO.

CRIADO. (Desde la puerta del foro.) Buenos dias, señorito, y la compaña.

LUIS. ¿Vienes de Sevilla?

CRIADO. Si, señor.

LUIS. ¿Traes una carta para mí, de mi padre?

CRIADO. Si, señor.

LUIS. Dámela al punto.

CRIADO. (Sacándola y entregándosela.) Aquí está. ¿Hay que esperar respuesta?

LUIS. No, vete. (Váse el criado.)

ESCENA VII.

MARIA, LUIS.

LUIS. Aquí está la carta, Maria: conozco su letra; estoy seguro de su ternura, y usted misma vá á convencerse. (Abre la carta y lee.) «Mi querido hijo Luis: siempre he »creido que mi fortuna seria bastante grande, para que »no tuvieses que escuchar mas que á tu corazon, al ele»gir una compañera.» (Á Maria.) ¡Ah! ¿Lo vé usted? (Continúa la lectura.) «Pero los últimos acontecimientos »me han creado ciertos compromisos, de que hasta aho»ra no he querido hablarte, y que ya es preciso que se»pas. Para fin del mes, es decir, dentro de cuatro dias, »tengo que pagar una letra de veinte mil duros á la »vista, en lo cual está vivamente interesada mi honra y »comprometido el crédito de mi casa. Reunir para esa »fecha toda la cantidad me es imposible, y de no pa»garla, no podré sobrevivir á mi deshonra...» (Se detiene un momento; dirige á Maria una mirada de dolor, y despues continúa la lectura con una voz alterada por el sentimiento.) «Mi antiguo y excelente amigo el señor Gonzalez, úni-

»co que conoce mi situacion, se ha apresurado á ofre-
»cerme la cantidad necesaria para salir de este apuro.
»Yo podia aceptarla, casándote tú con su hija; pero sin
»esa condicion, que haria de ambas una sola familia, no
»me lo permite mi decoro. Sin embargo, no quiero
»obligarte á hacer un sacrificio, porque antes que todo
»es para mí tu felicidad; de consiguiente, si él no con-
»traer el enlace á que tu corazon te inclina puede ha-
»certe desgraciado, recibe, hijo mio, mi consentimien-
»to y la bendicion de tu padre.» (Al concluir la lectura se deja caer abatido en el sillon que está junto á la mesa, sobre la cual deja caer la carta, y exclama con el acento mas profundo de dolor, cubriéndose el rostro con las manos.) ¡Pobre padre mio!

MAR. (Temblando y despues de una pausa.) Adios, caballero: esta debe ser nuestra última entrevista.

LUIS. ¡Oh, señorita, por piedad, no arranque usted de mi corazon toda esperanza; déjeme usted buscar un medio de salvar á mi padre y de salvar un amor, que es para mí mas que la vida! (Como herido de una idea súbita.) ¡Ah! mi buena tia quizás podrá aconsejarme algun medio. Sí, sí, corro á su lado... ella tal vez... Pero, por Dios, Maria, no se aleje usted de aqui... que pueda yo encontrarla á mi vuelta. (Dirigiéndose á la puerta derecha.) ¡Oh, qué desgraciado soy!

ESCENA VIII.

MARIA, despues CLAUDIO y TOMÁS.

MAR. ¡Pobre jóven!... y yo... Para hacer mas llevadera su desgracia, es necesario que no sepa nunca, que no sospeche siquiera mi cariño. (Toma la carta que Luis ha dejado sobre la mesa, y se sienta á leerla para sí junto á la ventana.)

CDAUD. (Entrando por el foro izquierda, seguido de Tomás.) ¡Imposible!... Doce aranzadas de tierra... seria necesario revolverlo todo. (Se deja caer fatigado en el sillon, junto á la mesa.)

TOM. Y luego usted se detenia á cada paso, removiendo con el pié los terrones... ¿Busca usted alguna yerba medicinal, por ventura?

CLAUD. (Sin escucharle.) ¡Imposible, imposible!... Ni un solo indicio que pueda guiar mis investigaciones.

MAR. (Acabando de leer la carta.) ¡Ah!

CLAUD. (Reparando en Maria y levantándose.) ¡Hija mia, ¿qué tienes?...

MAR. (Levantándose. Á Claudio por lo bajo.) ¡Ah, si usted supiera... El pobre jóven!...

CLAUD. (Bajo á Maria.) ¿Don Luis? ¿Has vuelto á verle?

MAR. Hace muy poco que se ha separado de aqui. Amigo mio... estoy convencida de que me ama; pero con un amor puro é intenso.

CLAUD. ¿Si?

MAR. Acaba de ofrecerme su mano.

CLAUD. Entonces... si no te desagrada...

MAR. Pero su padre...

CLAUD. ¿Qué?

MAR. Esta carta se lo explicará á usted todo. Haga usted salir á Tomás.

CLAUD. (Tomando la carta.) Dices bien. (Á Tomás.) Mira, tú; por hoy hemos paseado bastante.

TOM. Yo lo creo; demasiado, para como está la mañana.

CLAUD. Ahora es preciso estudiar un poco.

TOM. ¿Estudiar? Mejor seria que despachásemos el almuerzo.

CLAUD. Eso vendrá despues. ¿Tienes ahí tu Virgilio? Vas á traducirme, como todos los dias, una veintena de versos de la Eneida.

TOM. (De mal humor y sacando un libro del bolsillo.) Reniego de... ¡Este maldito poema no se acaba nunca! Tiene tambien doce aranzadas.

CLAUD. Si quieres mejor las Geórgicas ó las Bucólicas... si, eso será mejor; al fin es cosa de circunstancias. (Tomando el libro de Tomás y abriéndolo.) Mira, aqui tienes, la primera. *Tytire tu patulæ*... hasta el fin de la carilla.

TOM. Es que yo no he traducido nunca eso.

CLAUD. No importa, asi aprenderás...

TOM. (Tomando el libro y rascándose la oreja.) ¡Diablo de latin ahora con el estómago vacio!

CLAUD. Aliméntate de buenos autores.

TOM. (Suspirando.) ¡No dejaré de criar injundias! Con que .. (Abriendo el libro y leyendo.) *Tytire*...

CLAUD. (Empujándole con suavidad hácia la puerta.) *Tu patulæ recubans*... Anda, anda y déjanos solos.

TOM. (Dirigiéndose al foro.) ¡Esto de hacer ayunar á los vivos

por una lengua muerta... Vamos andando. (Sale leyendo.) «*Sub tegmine fagi, silvestrem tenui musam...*» (Volviéndose desde la puerta) Que me avise usted cuando se vaya á almorzar. (Desaparece leyendo.) *Meditaris avena.*

ESCENA IX.

MARIA, CLAUDIO.

CLAUD. Con que vamos á ver.

MAR. Lea usted, ante todo, la carta.

CLAUD. (Leyendo para sí.) Mi querido hijo... (Hablado.) He aqui como me gustan los padres. (Hace que continúa la lectura de la carta hasta el final, interrumpiéndola de cuando en cuando con algunas exclamaciones; despues la entrega á Maria y dice con enternecimiento.) ¡Pobre señor... bien se demuestra que es un hombre honrado! Hija mia, nosotros no debemos aceptar de manera alguna tan grande sacrificio.

MAR. ¿Es verdad que no? Yo tambien lo creo asi. Antes que todo es la honra... la existencia de un padre.

CLAUD. Si, si. (Golpeándose la cabeza.) Pero esos veinte mil duros que necesita... tú los tienes... y mucho mas que eso.

MAR. ¿Yo? ¿Y dónde estan?

CLAUD. ¿Dónde? Aqui mismo... en esa huerta... en ese jardin que, como sabes, perteneció á tu padre.

MAR. Pero el lugar...

CLAUD. Eso es lo que se ignora, y esa es la causa de mi desesperacion... y lo que me hará al fin perder la cabeza. Si confiándolo á don Luis pudieran hacerse excavaciones; pero quiá... el terreno es demasiado grande y el tiempo urge. Para el fin del mes solo faltan cuatro dias.

MAR. Es verdad, si diera mas tiempo; pero ya no se puede disponer mas que de algunas horas.

CLAUD. Para salvarle era necesario...

MAR. Nadie puede salvarle mas que su hijo; y, pues no hay otro medio que ese matrimonio proyectado... nosotros no debemos vacilar.

CLAUD. (Al ver la emocion de Maria.) Tienes razon; pero...

MAR. (Queriendo ocultar su emocion.) Es preciso que renuncie á mi amor para siempre... que se aleje de mí al instante. Yo no podria... no quiero decírselo; pero usted, amigo mio... usted se lo hará comprender con dulzura... con amabilidad...

CLAUD. (Suspirando.) Pierde cuidado, hija mia, pierde cuidado, que yo...

MAR. (Con enternecimieuto.) Pero no obstante, con firmeza... de modo que no le quede ninguna esperanza.

CLAUD. (Afectado.) Sí... te comprendo... yo trataré de...

MAR. De la prudencia de usted lo espero todo. (Hace que se vá y vuelve.) ¡Valor, amigo mio, valor!

CLAUD. ¡Valor, y tú estás temblando!

MAR. No, no... pero que se aleje... que me olvide... eso es todo lo que deseo. (Váse precipitadamente por la derecha.)

ESCENA X.

CLAUDIO, LUIS.

LUIS. (Desde la puerta del foro, viendo salir á Maria.) ¡Huye de mí!

CLAUD. (Ap.) ¡Firmeza, sí, firmeza!... Maria tiene razon.

LUIS. (Bajando al proscenio.) Se aleja, sin dirigirme una palalabra... ni una mirada siquiera... (á D. Claudio.) ¿Quiere usted explicarme?...

CLAUD. ¿Yo? (Ap.) Que me maten, si sé por dónde empezar.

LUIS. ¡Oh, dígame usted qué significa!...

CLAUD. (Tratando de disimular.) Si, amigo mio... mi querido amigo, ¿usted comprende? porque... ya se vé, en este mundo... hay ciertos casos en que el deber... no obstante, la emocion y el... el afecto que á usted profesa...

LUIS. (Con entusiasmo.) ¿Qué dice usted? ¡Ah, con que Maria me ama!... ¿No quiere usted engañarme?

CLAUD. (Haciendo un gesto que manifiesta el desagrado de su torpeza.) No, no... En cuanto á eso, permítame usted...

LUIS. (Sin escucharle.) ¡Ah!... y ella, que no habia querido confesármelo... Esa palabra que acaba usted de pronunciar ha decidido de mi suerte. Ya no me apartaré de su lado.

CLAUD. (Ap. y con el mismo gesto anterior.) ¡Torpe de mí... ya he cometido una barbaridad!

LUIS. (Con alegria.) Si, amigo mio; escribiré á mi padre, y le convenceré á que acepte el dinero de su amigo, que es un hombre de bien, y no permitirá que por culpa mia se sacrifique. Ahora, sabiendo que ella me ama, no hay poder humano que pueda variar mi resolucion.

CLAUD. (Ap.) ¡Buena la hemos hecho! (Alto y de una manera afectuosa.) Pero, óigame usted, jóven, óigame usted y no se apresure. Si lo que le decide á obrar así no es otra cosa que la certeza de ser amado por Maria... consuélese usted, amigo mio, consuélese usted, que el mal no es acaso tan grave como usted se lo figura.

LUIS. (Con inquietud.) ¡Cómo! ¿no acaba usted de hablarme?...

CLAUD. (Vacilando.) De su afecto... de su amistad... pero no de otra cosa.

LUIS. ¡Cielos!

CLAUD. (Reanimado por el efecto de sus palabras.) Eso es lo que Maria me habia encargado de decir á usted. Precisamente su principal deseo es que usted renuncie á ella... que se aleje de aqui al instante... En estas mismas palabras me lo dijo hace pocos momentos.

LUIS. ¡Que renuncie á ella!

CLAUD. (Observándole con temor.) Sí, amigo mio.

LUIS. (Con amargura.) ¡Ese es su principal deseo!

CLAUD. Ya vé usted con qué poco se contenta. (Con cariñosa bondad.) De ese modo, nada puede oponerse á los proyectos de su señor padre... y el deber de usted...

LUIS. (Sin escucharle.) ¡Ah, usted no me lo dice todo... usted no se atreve á confesarme la verdadera causa por que quiere alejarme de aqui!

CLAUD. Puedo asegurarle á usted que...

LUIS. (Con despecho.) Pero la adivino... la conozco.

CLAUD. (Con el asombro de la sencillez.) ¡Ah!... ¿con que usted adivina?...

LUIS. No sé cómo no se me ha ocurrido antes. La verdadera causa es... que Maria ama á otro.

CLAUD. ¿Eh? (Ap.) ¿Qué es lo que dice?

LUIS. ¡Cuán lejos estaba yo de esperar... ¿Á qué ocultármelo? ¿Por qué no decirme ella misma que un amor mas poderoso, mas profundo?...

CLAUD. (Ap.) ¡Bendito sea Dios! Él mismo me proporciona el medio de conseguir mi próposito.

LUIS. (Con energia.) No me lo niegue usted... seria inútil... lo

estoy leyendo en sus ojos... en su turbacion... No me queda duda! ¿Cómo era posible que no se conmoviese á mis ruegos, si su corazon no perteneciese á otro? (Mirando fijamente á Claudio despues de una pausa.) ¡Usted calla, y su silencio me lo confirma!

CLAUD. Yo... (Ap.) ¡Pobre jóven!

LUIS. (Con desesperacion.) ¡Yo, que la amaba tanto... que se lo hubiera sacrificado todo!...

CLAUD. (Abrazando á Luis.) ¡Ay, amigo mio, yo estoy sufriendo tanto como usted!

LUIS. (Estrechando la mano de Claudio convulsivamente.) ¡Gracias, buen anciano, gracias! Yo seguiré sus consejos, y ahora... me avergüenzo de haber podido vacilar entre mi deber y los indignos lazos ya que en este instante rompo, para siempre!

CLAUD. (Conmovido.) ¡Ah, en eso es usted injusto!

LUIS. (Con despecho.) ¡Ella lo quiere!... Pues bien... dígale usted que la olvidaré muy pronto... que no me verá ya mas... que ya no la amo! (Reponiéndose.) No, no, no le diga usted eso... no lo creeria y... (Con resolucion.) ¡Adios! (Váse precipitadamente por el foro derecha.)

ESCENA XI.

CLAUDIO, despues MARIA.

CLAUD. (Siguiendo á Luis hasta cerca de la puerta.) Pero... señor don Luis... considere usted que... (Volviendo al proscenio.) ¡Pobre mozo! (Pausa.) Por otra parte... he hecho bien en no desengañarle. Creo que no he desempeñado muy mal mi comision, y que Maria... (Llamando.) ¡Niña! Estoy seguro de que quedará contenta, al saber que he desplegado en este asunto una habilidad, que yo mismo no sospechaba. Aqui está.

MAR. ¿Y bien?

CLAUD. Ven, hija mia, ven; todo se ha arreglado.

MAR. ¡Ah!

CLAUD. (Con satisfaccion.) Ha habido que vencer sus dificultades; pero todo se ha hecho perfectamente. Se vá.

MAR. (Sin poder ocultar su emocion.) ¿Se vá?

CLAUD. Si; al ver que no habia otro remedio, se ha decidido... con resignacion.

MAR. ¿Con resignacion?

CLAUD. Es decir... no. Estaba desesperado; pero por fortuna se me ocurrió una idea... no se me ocurrió á mí; pero él me lo sugirió, y yo supe aprovecharme.

MAR. ¿Una idea?

CLAUD. (Sonriendo.) Sí; le dejé entrever... que tú tenias hecha ya otra eleccion...

MAR. (Turbada.) ¡Otra eleccion!

CLAUD. (Frotándose las manos con placer.) Sí; que amabas á otro.

MAR. ¡Dios mio!

CLAUD. Entonces... se puso colérico... y se alejó de aqui hecho una furia.

MAR. (Con un grito de dolor) ¡Ah! ¿Qué es lo que usted ha hecho?

CLAUD. (Turbado.) ¡Toma... yo!...

MAR. ¿Qué pensará de mí... Dios mio!

CLAUD. Yo... como me habias encargado que...

MAR. Que tratase usted de convencerle á renunciar á mí; pero decirle que amo á otro... hacerle creer que el afecto que le habia demostrado, que la turbacion que no habia podido ocultarle era todo un fingimiento hipócrita:.. una calculada coqueteria... ¡Ah, eso es espantoso!

CLAUD. (Llorando.) ¡Válgame Dios, Dios mio, válgame Dios... yo que creia hacer algo de provecho! Pero... todavia no se habrá marchado. Voy á llamarle, y le explicaré... (Dá algunos pasos hácia el foro.)

MAR. (Deteniéndole.) No; guárdese usted bien de dar ese paso.

CLAUD. ¿Por qué?

MAR. Porque eso seria peor.

CLAUD. ¿Pero por qué?

MAR. ¡Porque... porque yo tambien le amo!

CLAUD. ¿Eh?

MAR. (Volviéndose para no mostrar sus lágrimas.) Sí... le amo, y usted me ha hecho desgraciada para siempre! (Váse por la puerta derecha, dando muestras del mas profundo dolor.)

ESCENA XII.

CLAUDIO.

(Sin atreverse á seguirla y tendiendo hácia ella los brazos.) ¡Maria... hija de mi alma!... ¡Desgraciada para siem-

pre... y yo tengo la culpa! ¡Le amaba, y yo no lo he conocido! (Desolado.) ¡Ah, soy un estúpido... no sirvo para nada... porque al fin, ese tesoro, que allanaria todos los obstáculos... está aqui... aqui cerca... y yo no lo puedo encontrar! Ya tengo perdida la esperanza, (Se sienta junto á la mesa.) y creo que voy á perder hasta la razon. (Apoya la cabeza en las manos.)

ESCENA XIII.

CLAUDIO, TOMAS.

TOM. (Entrando por la puerta del foro con su Virgilio en la mano.) Señor maestro...

CLAUD. (Bruscamente.) ¡Déjame!

TOM. (Mirando al libro.) ¡Este demonio de vocablo!... Estoy detenido en el primer verso por una palabra latina...

CLAUD. Déjame te digo. No quiero oir hablar de latin... ¡ni lo sé... ni lo he sabido jamás!

TOM. (Ap.) ¿Por qué estará con ese humor? (Alto.) Entonces voy á buscar el diccionario.

CLAUD. (Levantando la cabeza.) ¡El diccionario! ¿Para qué, imbécil? ¿No estoy yo aqui?

TOM. (Acercándose.) *Sub tegmine fagi...* ¿Qué significa *fagi?*

CLAUD. (Siempre de mal humor y con la espalda vuelta.) *Fagi* es un nombre de árbol que significa *haya.* (Con viveza.) ¿Pero á qué vienes ahora á incomodarme? ¡Idos á pasear tú y tu Virgilio! (Como asombrado de su blasfemia.) ¡Oh, Virgilio, perdona! (Continuando su explicacion.) *Fagus, fagi*, nombre sustantivo...

TOM. ¿Masculino?

CLAUD. (Con impaciencia.) No, animal. ¿No te he dicho veinte veces que en latin todo nombre de árbol es femenino?

TOM. Es verdad; pero como tengo esta memoria...

CLAUD. (Volviéndole de nuevo la espalda.) En fin, ya te he dicho que quiero estar solo.

TOM. (Leyendo y dirigiéndose hácia la puerta.) *Recubans sub tegmine fagi...*

CLAUD. (Sin volverse y traduciendo maquinalmente.) Recostado á la sombra de una haya...

TOM. De una haya... (Volviéndose hácia Claudio.) ¿Y qué es un haya?

CLAUD. (Con impaciencia.) Un árbol, hombre, un árbol que se llama asi.

TOM. ¡Ah! es verdad... Un haya, un árbol como ese que está en el jardin ó en la huerta... del cual nos hablaba don Luis esta mañana.

CLAUD. (Levantando la cabeza.) ¿Qué dices? (Pensativo.) Aqui hay un haya...

TOM. Que dicen que es del tiempo de Séneca. Yo apostaria algo á que no es tan vieja.

CLAUD. (Levantándose y como inspirado por una idea luminosa.) ¡Oh, Dios mio, Dios mio!

TOM. (Repitiendo el verso.) Recostado á la sombra de un haya...

CLAUD. ¡Ese es el primer verso de Virgilio!... El primero... me decia en su carta... el primero... piénsalo bien... ¡La alegria vá á matarme!

TOM. (Mirándole con sorpresa.) ¡Qué agitacion!

CLAUD. (Poseido de la misma idea.) Sí... con el primer verso de las Bucólicas... (Abriendo el libro que está sobre la mesa.) *Sub tegmine fagi*... Á la sombra... es claro, al pié del haya... (Con un grito de alegria.) ¡Allí está, no hay duda, allí está!

TOM. (Con asombro.) ¡Dios mio!... ¿Qué es lo que le ha dado?

CLAUD. (Con afan creciente.) ¡Gracias á Dios que ya he descifrado el enigma! *Sub tegmine fagi*... (Paseando con inquietud de un lado á otro.)

TOM. (Siguiéndole con espanto.) ¡Señor maestro, señor maestro!...

CLAUD. (Con una carcajada de placer y de emocion.) ¡Dónde tenia yo la cabeza!

TOM. (Llorando.) ¡Dios mio, se ha vuelto loco! ¡Señor maestro, serénese usted y escúcheme por Maria Santísima!

CLAUD. (Abrazando á Tomás en el trasporte de su frenética alegria.) ¡Si fuera verdad!...

TOM. ¡Ahora quiere ahogarme!

CLAUD. (Rechazándole.) ¡Pero ah... me he engañado tantas veces!...

TOM. (Volviendo á llorar.) El latin es el que le ha trastornado la cabeza... Yo no quiero aprenderlo.

CLAUD.. (Con resolucion.) Es preciso salir de este estado de angustiosa incertidumbre. (Mirando á Tomás.)

TOM. (Retirándose. Ap.) ¡Ya le vuelve!

CLAUD. Con Tomás tengo bastante. Ven. (Agarrándolo del brazo, á pesar de su resistencia.) Tú eres un buen muchacho... me quieres mucho... ¿no es verdad?

TOM. (Temblando.) Sí, señor. (Ap.) ¡Ay, san Caralampio, cuánto diera por estar ahora en Sevilla!

CLAUD. (Bajando la voz.) Si te confio un secreto... ¿no me venderás?

TOM. No, señor. (Ap.) Debo tener calentura.

CLAUD. (Tomándole la mano y en voz baja.) Si yo te dijera... que cerca de aqui... está oculto un tesoro... que me pertenece... es decir... pero es lo mismo.

TOM. (Mirándole con espanto.) ¿Un tesoro? (Ap.) Mire usted por dónde le ha dado.

CLAUD. ¡Pero está escondido debajo de tierra!

TOM. (Con espanto creciente.) ¡Ah!

CLAUD. Es preciso que nosotros lo desenterremos.

TOM. (Retrocediendo.) ¿Nosotros?

CLAUD. Sin que lo sepa nadie. Tú vas á buscar dos azadones... uno para tí y otro para mí...

TOM. (Ap.) ¡Ahora quiere hacerme cavar! (Alto.) Señor maestro, ese tesoro siempre hay tiempo de buscarlo; pero ahora... en el estado en que usted se encuentra... ¿no seria mejor ir á buscar un médico?

CLAUD. ¿Para qué?

TOM. Para...

CLAUD. Si te niegas á ayudarme, iré yo solo... cavaré la tierra con mis manos... con mis uñas... (Quiere andar y vacila.) ¡Ah! las piernas me flaquean... la cabeza se me trastorna...

TOM. (Sosteniéndole.) Usted no podria nunca...

CLAUD. (Cayendo estenuado sobre una silla.) Es verdad... me faltan fuerzas... no puedo dar un paso...

TOM. (Arrodillándose delante de Claudio.) Sosiéguese usted. Esa agitacion puede matarle.

CLAUD. (Con voz débil.) Sí... los oidos me zumban... el corazon me late como si quisiera salirse del pecho... y si me llevara el secreto conmigo... (Haciendo un esfuerzo y tomando la mano de Tomás.) Pero tú... tú, que eres jóven y robusto, corre... ve allá...

TOM. ¿Yo?

CLAUD. (Abrazándole.) Si, tú eres mi hijo, mi hijo adoptivo... tú no me engañarás... no querrás engañarme... porque

sabes cuánto te amo.

TOM. (Enternecido.) Y yo á usted tambien, señor maestro.

CLAUD. (Con viveza.) Pues bien... bajo esa haya inmensa de que nos hablaba D. Luis...

TOM. *¿Sub tegmine fagi?*

CLAUD. Sí... á algunos pies de profundidad... hay un arca de hierro... que contiene ochenta mil duros... que el conde de la Alameda dejó enterrados... (Viendo la desconfianza de Tomás.) ¡Oh, tranquilízate... no creas que estoy loco... estoy en todo mi juicio; y en prueba de ello, toma. ¿Ves esta llave? (Mostrándola.) Es la del arca, que el conde me entregó, sin tener tiempo para decirme... Yo te la confio, sin decirte mas que una palabra: esa fortuna es la fortuna de Maria... en este momento, sobre todo, es su existencia... es mas que la mia propia... y tú nos puedes salvar á entrambos.

TOM. (Tomando la llave.) Si fuese cierto... (Con resolucion.) Voy allá, y sea lo que Dios quiera.

CLAUD. (Levantándose, deteniéndole y con agitacion febril.) Haz que te enseñen dónde está el árbol... lleva algunos trabajadores, sin decirles... (Dándole algunas monedas.) Toma... dáles ese dinero, que es todo lo que me queda... promételes diez veces mas... (Cambiando de idea.) Ó mas bien... no; siento renacer mis fuerzas... quiero ir allá contigo... para alentarlos... para trabajar tambien lo poco que pueda. Ven, Tomás, ven. (Van á dirigirse hácia el foro, y al ver á Maria se detienen.)

ESCENA XIV.

TOMÁS, CLAUDIO, MARIA.

MAR. (Entrando con temor.) Amigo mio...

CLAUD. (Deteniéndose repentinamente.) ¡Oh, Maria! (Á Tomás por lo bajo.) ¡Silencio!

MAR. (Á una distancia respetuosa.) Queria hablar con usted...

CLAUD. Voy allá, hija mia, voy allá. (Por lo bajo á Tomás.) Ni una palabra; pero no te detengas... corre al momento.

TOM. Es que...

CLAUD. ¡Pronto, pronto! (Con voz sofocada.) Y si nada encontrais, no vuelvas á parecer por aquí... que yo no te vea mas... tu ausencia será la señal de nuestra desgracia!

TOM. (Por lo bajo y muy conmovido.) Voy... voy al instante, señor maestro... Volveré... Dios querrá que vuelva... y sobre todo, me lo dá el corazon, que nunca me engaña. (Besa con efusion la mano de Claudio y sale precipitadamente por el foro izquierda.)

ESCENA XV.

CLAUDIO, MARIA.

CLAUD. (Agitado, mirando hácia la ventana y apoyándose sobre la mesa.) ¡Quisiera seguirle con la vista! (Alto á Maria.) Y bien, hija mia, ¿para qué me quieres?

MAR. (Acercándose y con ternura.) Para pedir á usted perdon de mi imprudencia.

CLAUD. ¿Á mí?

MAR. Sí, á usted, á mi único apoyo en el mundo, á mi segundo padre, á quien hace poco que he ofendido aqui muy cruelmente. (Tendiéndole la mano.) ¿Me ha perdonado usted ya?

CLAUD. (Estrechándosela con emocion.) ¡Perdonarte!... ¿Necesitas tú que nadie te perdoñe? ¿Puedes tú causar á nadie la mas mínima ofensa? Yo soy el que necesita de tu indulgente bondad, para que perdones mi torpeza, con la cual he comprometido... (Acercándose á la ventana.) Hace aqui un calor tan grande... ¿no es verdad? ¡Calla, pues si está la ventana abierta! (Asomándose.) ¡Oh, Dios mio!... todavia no desespero... (Aparte y con alegria.) ¡Ah!... ya lo veo, allí vá corriendo... ya desapareció entre los árboles.

MAR. (Asombrada.) Pero... ¿qué tiene usted, que su semblante me indica una agitacion...

CLAUD. (Dudando.) Es que... soy feliz, porque quizás... (Ap.) ¡El secreto me ahoga! (Alto.) Porque entreveo... es decir, aguardo una gran mudanza en nuestra posicion.

MAR. (Con tristeza.) ¡Ah, yo no espero ninguna! Lo único que deseo es salir pronto de aqui.

CLAUD. (Con prontitud.) Ahora... hija mia, es imposible; pero... (Viendo llegará Luis.) ¡Ah, mira quién está aqui!

MAR. (Aparte y turbada.) ¡Él otra vez!

CLAUD. (Con alegria.) No se ha marchado... me alegro.

MAR. (Por lo bajo y con mayor asombro.) ¿Qué dice usted!

CLAUD. (Por lo bajo.) Calla.

ESCENA XVI.

CLAUDIO, MARIA, LUIS.

LUIS. (Á Claudio.) Antes de alejarme, caballero... (Deteniéndose al ver á Maria temerosa é inmóvil.) ¡Ah!... perdone usted, señorita, que me atreva á presentarme ante sus ojos, á pesar de su prohibicion.

CLAUD. (Á Luis.) ¿Su prohibicion? ¿Quién le ha dicho á usted que?...

MAR. (Por lo bajo á Claudio.) ¡Por Dios, no trate usted de desengañarle!

CLAUD. (Ap. y mirando á la ventana.) ¡Todavia no viene!

LUIS. (Á María, haciendo un esfuerzo.) Tranquilícese usted, señorita, tranquilícese usted: muy pronto voy á cumplir sus órdenes; pero no queria alejarme de aqui, sin dar las gracias á este buen anciano, por haber dado muerte en mi corazon, de un solo golpe, á un sentimiento que para usted era desagradable. Ademas me quedaba un deber que cumplir, y era el de suplicar á ustedes en nombre de mi tia y en el mio propio, que no por eso dejen de continuar honrando esta casa.

MAR. Gracias.

CLAUD. (Turbado y mirando sin cesar á la ventana.) Un momento, mi querido discípulo... (Ap.) Y no viene... ¡la impaciencia vá á matarme!

LUIS. (Saludando á Maria.) Señorita... Adios... para siempre. (Dá algunos pasos hácia el foro.)

MAR. (Haciendo un esfuerzo para contestarle, y cayendo luego sin sentido sobre una silla.) A... di... ¡Ah... no puedo mas!

CLAUD. (Corriendo hácia ella.) ¡Hija mia! ¡Se ha puesto mala!

LUIS. (Volviendo al proscenio y colocándose al otro lado de Maria, cuya mano toma.) ¡Cielos!... Maria, ¿por qué esa emocion... esas lágrimas... Su mano tiembla... (Á Claudio.) ¡Ah, usted me habia engañado!

MAR. (Reponiéndose.) ¡Ah!

CLAUD. (Con un arranque de expansion.) Tiene usted razon... yo le habia engañado... pero ella... ¡pobre niña! con las mejores intenciones del mundo... se sacrificaba... y yo, con las mismas intenciones, no he cometido mas que barbaridades.

LUIS. ¡Oh, qué felicidad!

MAR. (Queriendo esforzarse.) ¡Ah, no crea usted que!...

CLAUD. ¿Qué no ha de creer? que te sacrificabas, porque él no faltase á sus deberes de hijo... cuando le amabas... cuando á nadie has amado mas que á él... á él solo...

LUIS. (Con extremada alegria) ¡María!

MAR. (Confusa á Claudio.) ¡Qué ha dicho usted!

CLAUD. (Aturdido.) ¿Otra tonteria quizás? Es muy posible; pero... (Mirando á la ventana.) dentro de algunos momentos, acaso bendecireis los dos... (Á Luis, estrechándole la mano.) Hasta entonces, permítame usted no alejarse de aqui.

LUIS. ¿Alejarme? Nunca. Quién sabe si al fin, despues de la carta de mi padre, habrá encontrado recursos...

CLAUD. Y si no los ha encontrado, los puede haber de un momento á otro. Quién sabe si una fortuna, llovida, como suele decirse... (Aparte y con un movimiento febril.) Estoy seguro de que él no dejará de buscarla; pero quizás no acierte. Será preciso que yo... (Dá algunos pasos hácia el foro.)

MAR. ¿Adónde va usted?

CLAUD. (Deteniéndose y con cierto embarazo.) Voy... voy... (Colocándose en medio de los dos y abrazándolos.) Escuchad, hijos mios... (Temblando de emocion.) Nada de hacer extremos; oid con tranquilidad lo que voy á deciros: esa fortuna de que acabo de hablaros, se halla muy cerca de nosotros.

LUIS. (Asombrado.) ¿Muy cerca?

CLAUD. Á algunos pasos quizás.

MAR. ¿Ha logrado usted descubrir?...

CLAUD. Tengo casi una certeza.

MAR. ¡Oh, qué esperanza!

LUIS. (Con curiosidad.) ¿Querrá usted explicarme?...

CLAUD. Ya lo sabrá usted todo; ahora lo mas importante es que usted venga conmigo.

LUIS. ¿Adónde?

CLAUD. Cerca de esa viejísima haya de que hablamos aqui hace poco.

LUIS. (Con indiferencia.) Me pidé usted una cosa imposible.

CLAUD. ¿Por qué?

LUIS. Porque, segun me han dicho al llegar aqui, la destrozó un rayo en la última tempestad, y tuvieron que arrancarla, sin dejar en el sitio mas que las raices.

CLAUD. (Desolado.) ¡Dios de mi vida!... ¡La última esperanza!...

¡Este golpe me acabará de matar!

LUIS. Pero, ¿qué significa?...

CLAUD. (Mostrándole á Maria que llora.) Mírela usted. ¿No conoce usted en su dolor y en sus lágrimas que la separacion es ya inevitable?

LUIS. ¡Separarnos!

CLAUD. Para siempre.

MAR. Sí, para siempre.

LUIS. ¡Pero esto es para volverse loco!

CLAUD. La ausencia de Tomás no me deja duda; le dije que no volviera á presentarse, si no encontraba... (Con indignacion y cólera.) ¡Oh, ciencia maldita y estéril!.. ¿Para qué me has servido? ¡Solo para hacer de mí un pedagogo inútil, un ser miserable y limitado, que no ha podido adivinar á tiempo el medio de salvar á esa pobre niña!

MAR. (Arrojándose en sus brazos.) ¡Ah, no se culpe usted, amigo mio!

CLAUD. (Sosteniéndola y llorando.) Yo hubiera debido quemar á Homero... á Virgilio... y á toda esa turba de clásicos latinos y griegos; y haber aprendido un oficio, con el que siquiera no me habria faltado donde ganar un pedazo de pan... y quién sabe si, como otros, hubiera llegado á hacer una fortuna. Entonces, hija mia, tu porvenir no seria tan triste... Pero... ¿á qué vienen ya estas lamenciones? (Á Luis, tendiéndole la mano.) Adios, caballero. Dios lo ha querido asi... Procurad ambos echar en olvido las ilusiones de un momento... y... no trate usted de vernos jamás.

LUIS. Cada vez comprendo menos...

CLAUD. ¡Todo se ha concluido!... Parta usted al instante y, á lo menos, salve usted la honra y la vida del que le ha dado la existencia.

VOZ. (Fuera y á lo lejos.) ¡Señor maestro, señor maestro!

CLAUD. (Temblando y deteniendo á Luis.) ¡Esa es su voz!... ¡Ah, espere usted un instante!

VOZ. (Mas cerca.) ¡Señor maestro!

MAR. y LUIS. Esa es la voz de Tomás.

CLAUD. Sí, sí, es su voz; ahora no me engaño!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, TOMÁS.

TOM. (Entra sofocado con un azadon, que arroja, corriendo á abrazar á Claudio y gritando con alegria.) ¡Victoria, victoria!

CLAUD. (Con ansiedad febril.) ¡Hijo mio!

TOM. *¡Sub tegmine fagi!*

CLAUD. ¿El arca de hierro?...

TOM. ¡Si!

CLAUD. ¿La has encontrado?

TOM. ¡Ya es nuestra!

CLAUD. (Con un grito de alegria.) ¡Ah! (Abrazando y besando la cabeza de Tomás muchas veces con un movimiento convulsivo.) ¡Hijo mio, hijo mio, tú eres nuestro salvador!

TOM. (Sentándose junto á la mesa.) ¡Uf, qué cansado estoy!

MAR. ¡Pobre muchacho!

LUIS. Viene empapado en sudor.

TOM. (Sonriendo, mientras los tres le rodean y Claudio le enjuga la frente con su pañuelo) ¡Diablo, y qué duras son de traducir las Bucólicas! Traigo rotos los brazos.

CLAUD. ¿Pero cómo pudiste encontrar, hijo mio, no estando ya el árbol...

TOM. ¡Toma! pero estaba la tierra. El capataz fué conmigo y otros tres hombres mas... y en un momento empezamos á desenvolverlo todo. De pronto, se oye un golpe seco sobre un cuerpo duro... se dan allí mismo otros dos ó tres... y se descubre...

CLAUD. ¿El arca?

TOM. Sí. Entonces, lleno de alegria, me arrojo al cuello del que la habia descubierto... y á quien es necesario gratificar bien.

CLAUD. ¡Quién lo duda!

TOM. El sitio de la llave estaba tapado con una plancha de plomo... la quito; meto la llave en la cerradura; doy media vuelta... y... ¡qué espectáculo! oro... diamantes... Para probar á ustedes que no es mentira, me traigo esta ligera muestra, (Sacando del pecho y mostrando un rico aderezo en una caja) mientras que el capataz y los muchachos conducen aqui el arca cerrada, cuya llave

(La muestra.) me he traido por precaucion, no sea que el diablo lo tiente.

CLAUD. (Abriendo la caja que le ha entregado Tomás. Á María.) Hija mia, he aqui un rico aderezo de tu madre. ¡Gracias á Dios que ha parecido tu fortuna!

LUIS. ¿Pero esto es un sueño? Esos diamantes... esa fortuna... Decidme por Dios...

CLAUD. ¿Pues no se lo habia yo dicho á usted? Ochenta mil duros... el dote de María... su felicidad... y la de usted, caballero.

LUIS. (Conmovido.) ¿La mia?

MAR. (Con pudorosa emocion.) ¿Se negará su padre de usted á aceptar su salvacion de las manos de... de una hija?

LUIS. ¡Ah!

CLAUD. (Haciendo pasar á María al lado de Luis y con grande entusiasmo.) ¡*Solvitque pudorem*!

LUIS. (Besando la mano de María.) ¡Como yo acepto mi felicidad de las manos de un ángel!

CLAUD. Y yo... (Abrazando otra vez á Tomás.) de las de mi querido discípulo. (Á Tomás.) ¿Lo ves tú? ¡Cuando yo te decia que la ciencia sirve para todo! Tú mismo has alcanzado un triunfo con el latin, sin embargo de que no lo sabes.

TOM. ¿Con que yo no?...

CLAUD. Pero lo sabrás, pierde cuidado; y en adelante, no te separarás de nosotros.

TOM. ¡Qué alegria! Mas quiero eso que el convento, adonde no me llevaba otra vocacion que la de asegurar la pitanza.

CLAUD. Ahora es necesario que te apliques á traducir á Virgilio.

TOM. Sí, señor; y si á usted le parece... ¡Tengo un hambre que devoro!

CLAUD. Pues bien; empezaremos hoy por las Bucólicas.

TOM. En singular, señor maestro, en singular, y en el comedor.

CLAUD. ¡Bien lo mereces! (Vánse todos hácia el foro y cae el telon.)

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente alguno en que su representacion sea autorizada.
Madrid 27 de Febrero de 1860.

El censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

guera de la Finojosa.
del valle.
bres de Madrid.
inaje y pasion.
ad en la cadena.
nta exótica.
loma y los halcones.
ujeres.
titud y el amor.
en martes!!
titud de un bandido, ter-
parte de Diego Corrientes.
talia de Covadonga.
trella de la esperanza.
zos de la familia.
ariposa.
uid pro quos.
enta del zapatero.
ala semilla.
iella del pecado.
enta del zapatero.
naridos.
pocresía del vicio.
za del gallo.
itera de Murillo.
el de leon.
mpana de la Almudaina.
pida mortuoria.
alsa y el bolsillo.
noros del Riff.
nfieles.
amá.
e ojo.
ma Labarlú.
o ruido y pocas nueces.
n Zurbano.
id en 1818.
dades.
a y María.
iras dulces.
o y mi sobrina.
o y Blanco.
uno se entiende, ó un hom-
tímido.
eza contra nobleza.
s oro todo lo que reluce.

Nuevo método de buscar marido.
Olimpia.
Ocho mil doscientas mujeres por dos cuartos.
Paco y Manuela.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Por una hija!...
Propósito de enmienda.
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Pelayo.
Pecados veniales.

Quien mucho abarca.
¡Qué suerte la mia!
Quién viv !!
¿Quién es el autor?
Quien mal anda mal acaba.
¿Quién es el padre?

Rival y amigo.
¡Rico, de amor!
Reo y juez.

Su imágen.
Similia similibus curantur, ó un clavo saca otro clavo.
San Isidro (*Patron de Madrid.*)
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Se salvó el honor.
¡Solo en el mundo!!
Santo y peana.
¡Santiago y á ellos!

Tales padres, tales hijos
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.
Tres damas para un galan.

Un amor á la moda.

Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.
Un par de guantes.
Una ráfaga.
Uno de tantos.
Una noche en Trifuequc.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
Un dia de prueba.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Una broma de Quevedo.
Un sí y un no.
Una Vírgen de Murillo.
Una aventura de Tirso.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Un señor de horca y cuchillo.
Una equivocacion.
Un retrato á cuema ropa.
Un cuerdo loco y un loco cuerdo
Un verso de Virgilio.

Vanidad y pobreza.
Ver y no ver.
Verdades amargas

Zamarrilla, ó los bandidos de Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

lica y Medoro.
is de buena ley.
(*Música.*)
Vizconti.
al mas feo.
as noches, vecino.
an el aventurero.
eyina la Gitana.
do y Marte.
s de D. Juan.
ado ahorcaron á Quevedo.
r para ver.
o y Flora.
Crisanto, ó el Alcalde pro-
dor.
isenando.
octrino.
nsayo de una ópera.
rumete.
alesero y la maja.
izconde.
erro del hortelano.
cuestro de un difunto.
ncero.
elirio (drama lírico).
ominó azul.
dos de carnaval.
ostillon de la Rioja (*Música*).
undo á escape.

El novio pasado por agua, (*Más.*)
El diablo en el poder.
El esclavo.
El relámpago.
El Vizconde de Letorieres.
El capitan español.
El último mono.
El leon en la ratonera.
El Zuavo.
El diablo las carga.
Farinelli.
Guerra á muerte.
Giralda.
Juan Lanas.
La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. (*Música.*)
Los dos Flamantes.
La vergonzosa en palacio
La Dama del Rey.
La Colegiala.
La espada de Bernardo.
La caceria real.
Los conspiradores.
La modista.
La Toma de Tetuan.
La huérfana.

La Jardinera.
La hija de la Providencia.
La Roca negra.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
Los diamantes de la Corona.
La pensionista.
La guerra de lossombreros.
La venta encantada.
La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.
Mateo y Matea.
Mentir á tiempo. (*Música.*)
Marina.
Moreto. (*Música.*)
Nadie toque á la Reina.
Pedro y Catalina.
Por conquista.
¡Quien manda, manda!
Simon y Judas.
Tres madres para una hija.
Tres para una
Un sobrino.
Un dia de reinado.
Un pleito.
Un cocinero.
Una guerra de familia.
Un Zapatero.
Un primo.

Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, segundo de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Robles.
Albacete	Perez.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almería	Alvarez.
Avila	Palomares.
Badajoz	Rino.
Barcelona	Hered.ª de Mayol.
Idem	Cerdá.
Bejar	Coron.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	V. de Moraleda.
Cartagena	Muñoz Garcia.
Castellon	Perales.
Ceuta	Molina.
Ciudad-Real	Arellano.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Garcia Alvarez.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Garcia.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico	Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Verdejo.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Taboadela.
Idem	Cañavate.
Mataró	Abadal.
Murcia	Hered.de Andrion.
Orense	Robles.
Orihuela	Berruezo.
Osuna	Montero.
Oviedo	Mántaras.
Palencia	Gutierrez é hijos.
Palma	Gelabert.
Pamplona	Barrena.
Pontevedra	Verea y Vila.
Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Meneses.
Sanlúcar	Esper.
Santa Cruz de Tenerife	Power.
Santander	Laparte.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Mengol.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Alvarez y Comp.
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Pujol.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	Moles.
Valladolid	H. de Rodriguez.
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	Galindo.
Ubeda	C. Treviño.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	V. de Heredia.